Rafael del Moral

LA INFLUENCIA DE CÁSTOR Y PÓLUX

Una increíble y cierta historia

CALIBÁN EDITORES

Zeus, atraído sin tino por Leda, se transforma en cisne para seducirla. Y una pareja, Cástor y Pólux, gestados en el mismo huevo, nace de aquel encuentro. Hay quien dice que el marido humano de Leda, el rey Tíndaro de Macedonia, fue en realidad el padre de alguno de ellos. Nadie sabe hoy si aquellos gemelos fueron mortales como los hombres, o inmortales como los dioses. Dicen que uno de ellos, tal vez Pólux, sí alcanzó la inmortalidad.

A Julia, que empieza a abrir los ojos a las gente y a las cosas, no le cuadra la realidad. Cuando le pregunta a su padre por sus dudas descubre situaciones de su corta vida que le resultan tan confusas como sugestivas. Poco a poco advierte que su signo, géminis, ha invadido su personalidad con tanto encanto que le permite vivir en dos mundos. Nunca podrá, por fortuna, verificar las dimensión mortal y la inmortal de su increíble y cierta doble vida.

Rafael del Moral es autor de las novelas **Aires de tímida doncella**, ***Marta y los otros***, ***Nieve en primavera***, y del libro de relatos ***Quince historias de amor***; *y como* lingüista ha publicado más de veinte títulos, entre ellos el **Diccionario Espasa de lenguas del Mundo**, la **Enciclopedia Planeta de la novela española** *y el* **Atlas léxico de la Lengua española**.

Calibán JUVENIL

LA INFLUENCIA DE CÁSTOR Y PÓLUX
(Una increíble y cierta historia)

Rafael del Moral

LA INFLUENCIA DE CÁSTOR Y PÓLUX
(Una increíble y cierta historia)

Calibán Editores

© Rafael del Moral, 2010
© Calibán Editores, 2010
Teléfono: 914 489 832
I.S.B.N.: 000000000000
Depósito Legal: -------
www.caliban.com
Printed in Spain / Impreso en España por

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable.
… Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, como ahora pienso.
… Nunca te entregues, ni te apartes
del camino y nunca digas
no puedo más y aquí me quedo.

José Agustín Goytisolo

PRIMERA PARTE

1

Érase una vez un país lejano, muy lejano, tan apartado y distante que hasta allí no llegaban los trenes, ni las carreteras, ni siquiera los caminos.

Hace muchos años, antes de que cualquier lector de este libro hubiera nacido, se inició la construcción de un sendero a través de las montañas, pero los obreros, repentinamente perturbados por la lejanía de sus hogares y por otras mágicas influencias, sintieron añoranza y abatimiento, perdieron la conciencia de lo real, confundieron sus lenguas, olvidaron sus pueblos de origen y el nombre de las cosas, y acabaron por desaparecer entre la maleza de los bosques. Luego fueron solicitados por los espíritus, y desaparecieron.

Nadie logró trazar las vías necesarias a través de bosques y montañas. Ni siquiera los aviones descubrieron el lugar. Cualquier nave voladora se perdía por los cielos azules sobre los inmensos bosques de cedros y las sinuosas montañas antes de haber tenido la oportunidad de trazar cualquier orden sobre la inmensidad de aquella misteriosa y enigmática región.

Ahora ya nadie se interesa por la región. Los ancianos que alguna vez oyeron hablar fruncen el ceño cuando les preguntan, porque no quieren recordar lo

que consideran dominado por un exótico poder de los espíritus, por un bondadoso o maléfico dios capaz de crear un mundo que siendo real no existe, y existiendo nadie lo ha descubierto.

Dicen que trescientos cincuenta hombres viven en aquellos parajes ajenos al mundo, y también trescientas cincuenta mujeres que visten de azul, y trescientos cincuenta jóvenes, juguetones y listos, sutiles y ágiles. Dicen también, y razón no les falta, que trescientas cincuenta chicas, de reluciente belleza, salen a pasear las tardes de luz ambarina y pajiza vestidas con túnicas blancas y rojas, y luego, a la caída del sol, desaparecen para volver ser vistas otras tardes con cálidos tonos grises y blancos, y otras tardes volando como ágiles ángeles en túnicas blancas y azules, y ellas y los otros corren y se mueven y casi levantan el vuelo por cielos, parajes y rincones encantados.

En aquel extenso y lejano país no hay reyes, ni presidentes, ni jefes, ni ministros, ni alcaldes, ni ricos, ni poderosos. Ni existen leyes, ni jueces, ni cárceles, porque tampoco hay asesinos, ni maleantes, ni rufianes, ni salteadores, ni rateros. Es un país tan raro, tan infrecuente, tan pequeño y extenso a la vez que no tiene bandera, ni himno, ni escudo, ni gobierno, ni fronteras. Es un país tan distinto que por carecer de nombre y de mapa los cartógrafos no pueden dibujarlo en los atlas. Bien pensado no es un país, pero de alguna manera habrá que llamarlo.

— ¿Y cómo sabes que existe ese país?

— Ya sabía, Julia, que me lo ibas a preguntar. Ponte cómoda. Si quieres oírme hasta el final estoy dispuesto a contarte una historia fabulosa, un increíble y cierto episodio que tú misma has vivido, pero es tan solapada la realidad dibujada por nuestros ojos, y a veces tan maliciosa, que no nos permite, por la falsedad de sus satisfacciones, vivir ajenos a la otra vida, la auténtica, la que no se deja ver sino filtrada por nuestro entendimiento. Y esa, la verdadera, nunca estaría a tu alcance si alguien no se tomara la molestia de desvelarla.

— ¿Y como puede ser que yo antes no fuera nadie?

— Porque la vida es incomprensible. La primera vida sobre la tierra la tuvieron las bacterias, que son nuestros antepasados, y luego todo fue cambiando.

— ¿No me digas que yo antes era bacteria?

— Ojalá lo supiéramos. Y ya no nos interesa tanto cómo surgieron las cosas en sus orígenes, sino comprender que es posible que moléculas mínimas, que ni son todavía plantas ni animales, se fabriquen a sí mismas. Y eso, ahora, tal y como lo vemos, es posible.

— ¿Y quien puso allí esas bacterias?

— Cabe la posibilidad de que el mundo se haya creado solo, lo que no significa que sepamos que las cosas sucedieron así, ni tampoco los detalles de cómo sucedieron. Pero ante un sistema organizado de manera tan extraordinaria como la naturaleza no nos podemos imaginar que todo eso se haya organizado por sí mismo. Yo creo que ha sido necesario que la naturaleza sea inteligente y planificadora. Claro, todo esto, dicho

así, significa que no tiene más remedio que existir un dios creador y que su creación se haya realizado de una vez para siempre, y que se perpetúe. Casi podemos decir que la vida ya no es una finalidad de la investigación científica, de la misma manera que el alma tampoco existe como objeto de exploración para la psicología científica.

— ¿Quieres decir entonces que nosotros los hombres no somos más que los animales o las plantas?

— Sí, esa es la visión que tuvieron algunos grandes filósofos como el holandés Benedito de Spinoza, que concebía la naturaliza como un todo, como un conjunto único con formas de organización y grados de complejidad diferentes, pero sin que podamos decir que existen realidades sustancialmente distintas.

La no vida, es decir, lo que tú no eras antes de nacer, y la vida, no son distintas en la sustancia propia de la naturaleza, todo pertenece a la misma materia. Así lo humano, es decir, nosotros mismos, y lo no humano, son hechos de la misma sustancia. Los hombres y las cosas fueron procesados y obtenidos en la misma fábrica. Spinoza se mofaba de la idea de quienes pensaban que el hombre era un ser aparte, el único en medio de un gobierno universal capaz de escapar a las leyes de la naturaleza como si fuera un imperio en el interior de otro imperio. De alguna manera la ciencia actual, y especialmente la biología, tiende a darle la razón Spinoza. Así que podríamos decir que vivimos en una continuidad fundamental, en una homogeneidad de todo…

Podríamos imaginarnos una humanidad angelical en la que los cuerpos humanos no serían sino una ocasión para gozar, para la recreación placentera, para el espíritu en la que todas las cosas malas se eliminarían. Fíjate, por ejemplo, en el dolor de las madres cuando dan a luz a sus hijos, en el trabajo terrible que supone nuestra vida diaria durante tanto tiempo y tantas generaciones. La Biblia nos explica esa especie de condena como resultado de una maldición, de un castigo, el que Dios impuso en el paraíso terrenal a Adán y Eva y a todos sus descendientes.

Podríamos perfectamente imaginarnos una vida deliciosa y placentera tal y como había sido establecida para los habitantes del Edén, una vida en la que esa doble condena al dolor y al trabajo estaría indultada. ¿Tiene que sufrir toda la humanidad el castigo impuesto a una mujer que quiso comer la manzana del único árbol prohibido? Podríamos sus herederos tener la vocación divina de reparar lo que ellos rompieron. Ahora que los robots pueden cada vez más sustituir nuestro trabajo, tendríamos que poder dedicarnos a vivir de manera mucho menos dolorosa. Pero, hija mía, más vale que no nos molestemos en pensar: esto no tiene solución. La unión de cuerpo y alma como dicen unos, o el espíritu, como dicen otros, no nos facilita ninguna teoría. El hecho es que no sabemos cómo cada ser individual está conectado al resto de la naturaleza, integrado y dependiente de ella, la vive, la completa, la corona. ¿Sabes una cosa? La verdadera felicidad consistiría

en saber integrar el mal en nosotros mismos, los incidentes, las mayores tragedias… e incluso la muerte. En este último paso los hinduistas y los budistas son un ejemplo para la humanidad. Pero un paso más, el definitivo, sería que desarrolláramos una capacidad absoluta para que los sentimientos de felicidad eclipsaran a los tristes.

Pero volvamos a nuestra historia. Unos años antes de que tú existieras vivían tus futuros padres, por entonces recién casados, en un apartamento de un destartalado edificio de las afueras de nuestra ciudad, ya por entonces bulliciosa y tensa. Tu futura madre salía de casa los días laborables antes del amanecer. Se hundía, primero, bajo la superficie de la ciudad para introducirse en un tren que la llevaba lejos, y luego esperaba un autobús que la dejaba cerca de su trabajo, no mucho, a unos quince minutos de camino. A la vuelta a

casa la noche, cerrada y oscura, ya se había adueñado de la ciudad.

Quien había de ser tu padre no tenía por entonces oficio estable ni empleo duradero. Vagaba de puesto en punto, de sueldo en paga, de quehacer en tarea durante el día, y muchas noches frecuentaba como estudiante las aulas universitarias, y luego, de vuelta a casa, estaba tan avanzado el día que encontraba a su mujer en la cama, bajo las sábanas, en dulce sueño reparador. A la mañana siguiente se levantaba con sigilo para que yo, que me había acostado tan tarde, no me despertara.

Y como uno y otro pasábamos las semanas juntos pero tan distantes, usábamos un cuaderno de notas para comunicar lo imprescindible: *El sábado vamos visitar a Loli y Juan Luis, no hagas planes. - En el frigorífico he dejado un poco de ensalada para la cena*. *- Tienes que comprar leche y pan*...

2

Un jueves de una noche serena de marzo llamaron a la puerta. Tus padres, tu madre y yo, dormíamos. Tu futura madre despertó primero:

— ¿Te levantas tú? - Me dijo somnolienta - ¿Quién llamará a estas horas?

Y el que había de ser tu padre abrió la puerta sin protocolo y se encontró ante una bellísima y elegante mujer vestida de azul. Más parecía atuendo de ceremonia religiosa que traje de fiesta. La acompañaba un hombre tan atractivo como enigmático, y tan modesto en el vestir como elegante. Contrastaban con mi descuidado atuendo: un pijama de franela nada acorde con la elegancia de los inoportunos visitantes. La pareja parecía preparada para participar en una ceremonia. Aquel hombre y aquella mujer habían sido dotados de singular belleza, de gestos suaves y tranquilizantes, de sonrisas leves y envolventes, de movimientos dulces y circundantes, de formas y semblantes tan atractivos y refinados que contagiaban una paz sobrenatu-

ral.

— ¿Podemos hablar con Julia Salcedo? — preguntaron.

— Esa soy yo, papá. ¿Por qué preguntaban por mí?

Eso es lo que quiero que sepas, Julia. Estoy contando un asunto de tu vida. No sólo esa eres tú, sino que también quien abrió la puerta era yo, que aún ignoraba que había de ser tu padre porque nadie es padre de quien aún no ha nacido. Pero no faltaban unos días, ni siquiera unos meses para que formaras parte de la especie humana, sino más de dos años, Julia, pero eso no podíamos saberlo. Y Ahí está el misterio. ¿Conoces a alguien capaz de predecir el futuro?

— Los sabios… los magos… los adivinos… los profetas…

— ¿Tú crees que hay sabios y adivinos y profetas capaces de predecir los nacimientos? ¿Y los nombres propios? ¿Y los apellidos?

— ¿Y dónde estaba yo?

— En ningún sitio. Tú no habías nacido, Julia, y quien no nace no existe. Somos y pensamos mientras vivimos, y cuando nos llega la muerte, volvemos al no-ser que hemos sido siempre. La vida es un paréntesis en la inmensidad del tiempo, una excepción. Nadie nos ha di-

cho nada antes de nacer, ni nos ha contado cómo le van las cosas después de morir. El universo, que en un primer momento sólo era plasma, partículas aisladas, inventó a las estrellas. Y las estrellas fabricaron, a modo de sabios alquimistas, elementos más pesados que el elemental hidrógeno, por entonces su único componente. Primero átomos complejos, luego moléculas simples, y después más elaboradas, hasta diseñar el adeene, que es la unidad combinatoria de moléculas que sostienen la vida. De no haber hecho su aparición estos cuerpos primitivos, el universo estaría desprovisto de vida y de conciencia, y no sería más que monótonas nubes de hidrógeno y otros gases errantes por el espacio infinito e incapaces de formar galaxias, ni constelaciones, ni planetas, ni peces, ni mamíferos, ni hombres…

— ¿Y esas estrellas alquimistas construyeron a los animales y a los hombres?

— Sí. Tenemos que decir que sí. El universo fue organizándose de manera tan delicada que nadie sabe cómo consiguió ese equilibrio tan provechoso para nuestra especie. Pero eso ya te lo explicaré otro día.

— No. Dímelo ahora. Explícame lo del adeene, lo del hidrógeno y lo de los gases…

— No es tan fácil, Julia. Tendría que… decirte antes… muchas…

— No importa… dímelo ahora…

— Pues escucha. Según sabemos, la densidad inicial del polvo del universo que luego creó las estrellas se

ajustó de manera tan precisa que si hubiera existido la más pequeña alteración, la vida no existiría. Esa pequeña alteración es tan insignificante que habría que señalarla con sesenta ceros…

— No lo entiendo…

— Quiero decir que es un verdadero milagro que exista la vida.

Ahora que han pasado tantos años es bueno que sepas que preguntaban por ti mucho antes de que hubieras nacido. Pero sigo con nuestra historia... el hombre del pijama…

— Espera… dime antes una cosa… ¿Quién creó a los hombres?

— Pues Julia, todo el mundo sabe que fue Dios, al menos mientras que no descubramos…

Bueno pues sigamos… Decíamos que el hombre del pijama contestó:

— No, claro que no pueden hablar con Julia Salcedo, aquí el único Salcedo soy yo, pero como ven, no puedo llamarme Julia.

— Sí - insistieron -, aquí vive Julia Salcedo, esta es su casa. Usted tal vez no lo sabe, pero ella vive aquí...

— ¿Cómo quieren que no sepa quien vive en esta casa? - añadió indignado mientras sacaba la mano derecha de la chaqueta del pijama de franela a rayas para apoyar la irrefutable afirmación.

— ¿Quién se indignó, papá, aquel hombre de blanco o tú?

— Yo… yo me indigné… claro…

— Entonces, por qué dices *añadió indignado* si eras tú quien hablaba con ellos.

— Porque te estoy contando un cuento, Julia. Tú eres la protagonista, de acuerdo, pero yo soy el narrador, y la persona que abrió la puerta sólo es un personaje del cuento.

— Pues entonces no me confundas más y dime *añadí indignado* para que yo sepa que eras tú, y no me líe con otro…

— De acuerdo, Julia, pero esto es un cuento y acepto nombrarme a mi mismo y confundirme con el narrador sólo para que tu entendimiento, aún no acostumbrado a estos juegos literarios, lo entienda.

Y ahora vuelto a la historia. Pues te digo que no dudé ni por un instante que aquello era un error, que se equivocaban de casa, y probablemente también de hora, porque, como te he dicho, era ya muy tarde...

— Buscamos a Julia Salcedo - insistieron - y sabemos que vive aquí. Nuestra información, comprenda, es muy fiable. No le vamos a explicar quienes somos, pero controlamos el tiempo y los espacios.

— O sea que eran dos estrellas disfrazadas de hombres... y como nosotros venimos de las estrellas…

— Podría ser… Julia… ¡Qué imaginación…! Eso es pura fantasía… Ya verás cuando avancemos… bien podían ser los representantes de Cástor y Pólux, que pertenecen a la constelación de géminis…

— Anda… Como yo…

— Así que les dije, con calma y sin reproches, aunque bien los merecían por aquella intromisión y error, que estaban equivocados. Y entonces ellos me contestaron con voz solemne que no, que ellos no se equivocaban… Parecía como si quisieran decir que los seres sobrenaturales como ellos no se equivocan. Se dieron media vuelta y los observé mientras desaparecían por las escaleras. Tenía yo las manos clavadas en los bolsillos de mi pijama de franela. No fui capaz de esbozar una frase de despedida apropiada, y tampoco supe preguntar por sus intenciones, por sus nombres, por sus orígenes, por sus razones, y sobre todo por su resuelta y a todas luces errónea convicción de que una tal Julia que llevaba mi apellido debía vivir allí. Y tampoco supe, hasta muchos años después, las razones de lo tardío de su visita, vestidos de fiesta o de ceremonia o de carnaval o de lo que fueran aquellos trajes tan uniformados, tan pulcros.

No le preguntes a mamá por lo que ella recuerda de aquella visita fantasma. No supo nada. No me pareció necesario despertarla sólo para decirle que unos hombres tan extravagantes como apacibles, tan serenos como afables se habían equivocado de casa.

3

El sábado de aquella semana, mientras íbamos al mercado, le conté la insólita visita. No se lo creyó. Añadí detalles sobre la indumentaria, sobre la conversación, sobre los gestos... Y cuantos más detalles, menos veracidad concedía a lo que le contaba.

— Pero si tú oíste el timbre antes que yo... — le dije.

— No creo. No recuerdo haber oído ningún timbre a esas horas...

— Pero si tú misma me pediste que fuera a abrir...

— ¿Qué te dije? Cómo te iba a decir algo si no oí nada...

— Pero si estuve hablando con un hombre de aspecto joven, y con una mujer vestida de azul, tuviste que oírlo...

— Lo has soñado, sí. Así son exactamente los personajes de los sueños.

Y tantas veces lo repitió que llegué primero a dudar, y luego a olvidar el encuentro, y después a creer que ella, como siempre, tenía razón. Ya sabes con qué facilidad mamá consigue convencernos de cualquier cosa.

— Un momento, papá. Eso no explica la existencia de ese país que decías antes. Y a lo mejor no fue verdad que vinieron a verte y, como dice mamá, lo soñaste. Y

otra cosa... ¿Por qué preguntaban por mí si yo no había nacido?

— Eso mismo digo yo. ¿Por qué preguntaban por alguien que había de nacer dos años después? O mejor dicho... ¿Cómo sabían ellos que ibas a existir si lo ignorábamos nosotros mismos? ¿Y por qué sabían que te llamarías Julia?

— A lo mejor te has inventado todo y por eso me pusiste a mí el nombre de Julia.

— Podría ser, sí, podría ser que yo hubiera fabulado la escena. ¡Estaba tan cansado por aquellos días..! Durante mucho tiempo olvidé la sorprendente visita de aquella noche y la dejé tapada con un velo en el apartado de los sueños, sí. No se puede vivir obsesionado con los recuerdos. Llegué casi a convencerme de mis fabuladoras vigilias porque también soñé que volvían a preguntar por Julia Salcedo otras parejas vestidas de seda, tan singularmente elegantes que tampoco parecían personas.

Por entonces empecé a pensar que no existe un mundo sino muchos, pero sólo estamos autorizados a creer en uno. ¿Y cuál es ese mundo? Pues… el que percibimos. Tú y yo estamos ahora mismo hablando en esta casa y en este lugar, y no en otro. Podemos decir que nuestro actual encuentro es fruto de la casualidad. ¿Quién ha decidido que tú y yo seamos padre e hija y que estemos aquí? Sólo podemos decir que todo esto es fruto de muchísimas posibilidades, y de ellas una, y nada más, sucede para cada persona. Y si vamos hacia

atrás, también es resultado del azar que para ti y para mí coincidan nuestros antepasados. Yo soy el penúltimo, y tú el último de nuestra estirpe. Detrás de ti vendrán otros. Y cuanto más atrás vamos en el tiempo, más casualidades existen, así que cuando miramos el pasado remoto, de cientos de miles de millones de años y las casualidades que se han producido para que una de las especies que vive sobre la tierra sea la nuestra, cuando sumo todas las casualidades, tenemos que concluir que alguien había previsto que existiéramos desde el principio del universo.

— Eso puede ser así… Hace dos días tampoco podíamos pensar que ibas a estar ahora contándome un cuento o echando la siesta o paseando por un parque… y sin embargo estamos aquí vestidos de esta manera, y no de otra, y a esta hora… y no antes o después, y nada de eso lo habíamos previsto….

— Pues sí, Julia, tienes razón… En el fondo tendríamos que decir que tenemos suerte, en medio de todos estos objetos que nos rodean, incluso de esta ciudad…, de saber que existimos. Las estrellas no lo saben, los árboles y las plantas tampoco… Y no me atrevo a decir que los gatos no piensan porque no podría demostrarlo… Y seguro que en eso no vas a estar de acuerdo…

— Pues claro que no, papá, los gatos piensan, claro que piensan…

— Por eso no quería decírtelo… y como no vamos a discutir…

— Claro que no vamos a discutir, pero los gatos piensan como nosotros, lo que pasa es que no hablan… pero a lo mejor también hablan entre ellos…

— No vamos a discutir eso, no, pero quiero que sepas que lo que yo sé, lo que sabemos los hombres, es que no sabemos casi nada de la vida, ni siquiera lo esencial…

— Eso es muy fácil, papá. Yo me sé perfectamente lo que tiene vida y lo que no… Las hormigas, las tortugas y los perros y todos los animales tienen vida… las plantas y las piedras no…

— ¿Y las estrellas?

— No… claro que no… aunque… están tan lejos…

— Pues eso les pasa a los científicos. Tampoco saben definir lo que es la vida. Dicen que hay una frontera entre lo animado y lo inanimado. Todo ser vivo funciona con la molécula de adeene, que no es sino una más como la de la gasolina, aunque algo más compleja. Para mí, sin embargo, el límite está en la aparición de la conciencia. ¿Y cómo empezamos a darnos cuenta de que éramos conscientes? Pues según parece no hay principio, el eslabón que falta en la cadena no está definido. Imaginemos que somos polvo de estrellas… dentro de otros catorce mil millones de años… ¿seguiremos sien-

do polvo de estrellas? ¿Tú eres consciente de que existes?

— Pues claro… Soy Julia…

— Sí, pero ¿Qué Julia?

— Hija tuya y de mamá…

— Ahhh… ya vamos aclarándonos… Y la madre de mamá… y la madre de la madre de mamá… Llegará un momento del pasado en que tiene que haber una madre primera… ¿Y quién hizo a esa madre primera? ¿Dios? ¿De la costilla de Adán? Tu madre, como todas las madres del mundo, en algún momento, advirtió que tenían algo en el vientre… Y se dijeron: "¡Vaya… parece que estoy embarazada… hay alguien dentro de mí…" El día anterior le dolía un poco el vientre, o tenía agujetas… y de repente…: "Oh… Hay alguien aquí…" y así empezamos a ser todos y cada uno de los hombres y mujeres que habitan la tierra, incluso tú, y yo… Sólo así puedo explicarme el problema de esta conciencia que de repente existe.

4

Pero atiende, Julia, no te distraigas. Esto es sólo es el principio.

Una insospechada noche, porque esas cosas suceden cuando menos se esperan, y también cuando la oscuridad enturbia los ambientes, volvía yo de la universidad en un viejo autobús estrafalario. Por entonces ya apenas recordaba a aquellos visitantes, o los tenía tan perdidos en la memoria, tan desfigurados entre entre nubes y neblinas. A decir verdad no había quedado prueba alguna que demostrase la sorprendente visita. Y entonces, con rara intuición, en un reflejo injustificado, miré desde mi asiento hacia atrás y... los volví a ver... sí... a ellos... sentados juntos…. Eran, estoy seguro, sus rostros, aunque ahora no llevaran aquellos vestidos. Latió mi corazón como un tambor y me vibraron las piernas como si un terremoto las cimbrara. Ya no era un sueño, no, sino la realidad más palpable. En pocos segundos me invadió una inesperada calma, uno de esos repentinos estados plácidos tan semejante al que tuve cuando les abrí la puerta. Cesaron los latidos y se relajaron y perdieron peso mis piernas. Tan sosegado estuve que cuando vencí el miedo y volví a mirarlos... ya no estaban... Me bajé en la siguiente parada, mucho antes de la que me correspond-

ía, resuelto a encontrarlos y hablar con ellos. Los seguí por donde sospechaba que se habían ido con el deseo de esclarecer la pesadilla y no los encontré. Habían conseguido despertar y renovar las mismas incertidumbres. Perdí la calma y mi espíritu se abrió de nuevo a los fantasmas de lo inexplicable, a esos extraños fenómenos del absurdo. ¿Cómo podían darse tantas coincidencias? Resignado a no volver a verlos y dispuesto a batirme con pesares y pesadillas regresé a casa. Y estaba ya cerca del portal cuando me topé con la radiante pareja. No podría ser. ¿Serían semidioses? ¿Tendrían el don de la ubicuidad?

— ¿Qué es *ubicuidad*, papá?

— Que pueden estar el varios sitios a la vez y trasladarse de un lugar a otro sin seguir un camino, o como si fuera volando, pero muy rápido. Otra vez quise reaccionar con valor y atreverme a preguntar mis dudas, pero un pavor frío, un miedo injustificado me aconsejó alejarme de ellos, subir las escaleras de dos en dos, de tres en tres, hasta el cuarto piso, alocado, irreflexivo, torpe... Por entonces mamá ya había desarrollado en su vientre el nuevo ser que iba a ser tú hermano. La desperté. Eran más de las once y media de la noche y la llevé a la terraza para que viera a quienes parecían amenazarme con sus sombrías figuras. Entonces los vio, los tuvo frente a sus ojos aunque no pudiera distinguir sus sutiles rasgos, su armonía, su gallardía e impavidez, aquel estilo grácil y donoso.

— Papá, espera… ¿qué quieren decir todas esas palabras tan raras?

— Nada especial, Julia, eso no es sino literatura, lo que hacen los escritores… añaden palabras para embellecer los cuentos…

— Pues a mí no me digas esas palabras porque no me sirven de nada… no las entiendo y no sé si quieres decir que eran buenos o que eran malos…

— Pero eso no importa. Aunque no las entiendas viene bien que las oigas para que las vayas aprendiendo. Pues bien, como te decía, cuando ya creía poseer la prueba de lo que estaba sucediendo, comentó tu madre despreocupada:

— Bueno, y qué... Allí hay dos personas normales, como todo el mundo, que están hablando. No se puede construir una historia inverosímil porque dos personas paradas en la calle hablen entre ellas cerca de nuestra casa. Es posible que también los hayas visto en el au-

tobús, no lo niego, y que después los hayas vuelto a ver aquí... y que coincidan con aquel sueño que tuviste. Todo eso pasa cuando uno está obsesionado. ¿Y qué? ¡Más vale que seas más sencillo…! ¡Anda… no te compliques tanto la vida!

Y se dio la vuelta y regresó al dormitorio. En el momento en que más hubiera necesitado su testimonio, echó tierra de nuevo a aquella pesadilla que para mí era tan fantástica como real.

5

A las pocas semanas, en una lúgubre y fría madrugada de invierno, nació tu hermano Nicolás.

Llegaba al mundo dos meses antes de lo previsto y durante veinticuatro días sólo pudimos verlo a través de unos cristales que lo aislaban de las infecciones y microbios contenidos en el aire, frente a los que nació indefenso. Cuando lo llevamos a casa, ya recuperado, la vida fue tan distinta, estuvimos tan metidos en los diarios e interminables cuidados de un niño recuperado *in extremis* que aquellas pesadillas que confundían ficción y realidad que se esfumaron sin ningún esfuerzo.

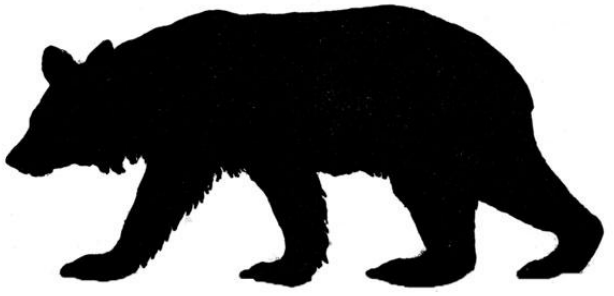
Y pasó un año y algo más, y el tiempo borró el pasado, y los extraños fenómenos quedaron sepultados en el olvido.

Una tarde de un melancólico seis de febrero se presentó un hombre con su camioneta. Lo habíamos avisado la tarde anterior para que nos ayudara a trasladar todos los enseres que por entonces amueblaban nuestra casa. Los llevábamos a otro piso. Mamá estaba embarazada de nuevo y ahora ya sí que no teníamos espacio para todos. La nueva casa era más vieja, más sombr-

ía y más destartalada, pero más grande y en el corazón de la ciudad.

A los tres meses de la llegada a aquel céntrico barrio, apretado y bullicioso, ocurrieron dos hechos sin importancia aparente que se habían de convertir en misteriosos, en enigmáticos. Fueron dos signos insignificantes: una llamada al timbre de casa y una llamada de teléfono. Eran los primeros días de mayo. Cerca ya de media noche sonó el timbre de la puerta. Mamá dormía. Yo estaba clasificando y fechando y colocando en hojas de cartón las últimas fotografías de la familia que daban cuenta del primer año y pico de vida de Nicolás. Tardé mucho en abrir. Por entonces había olvidado por completo las inesperadas visitas y los accidentales encuentros que habían pasado a engrosar otras coincidencias y anécdotas de la familia. Cuando abrí la puerta esperaba encontrarme con un vecino despreocupado e inoportuno que había de necesitar cualquier exótica ayuda, pero no había nadie. El visitante intrépido había dejado, sin embargo una indeleble señal en la puerta, un par de dibujos que casi podían pasar inadvertidos, quizá seguidos y relacionados. Uno de ellos, el superior, casi con forma ovalada, tal vez un poco mayor, y el otro ligeramente ladeado y más pequeño, como un círculo achatado. Yo los llamo dibujos, bien hubieran podido ser señales o incluso un par de manchas caídas al azar, que es como mucha gente las hubiera interpretado. La tinta estaba fresca. ¡¿Querría algún entrometido ladrón averiguar si habían llegado nuevos inquilinos... y comu-

nicar algo a sus compinches...?! Aquello no iba a contárselo a nadie, y menos a tu futura madre, que con su embarazo no estaba para sustos. Tampoco tenía intención de discutir sobre las razones y sinrazones que rigen realidad y ensueño, o bromas, o errores, o diablos... Y no se me ocurrió pensar en la visita nocturna de tiempo atrás, ni establecer relaciones, porque la señal podía ser una cualquier cosa excepto algo que mereciera la pena considerar para justificar lo injustificable. Y como era demasiado tarde para molestarse en limpiarla, y como tampoco parecía necesario alterar la velada por un discreto dibujo-sospecha o una mancha-imaginación, o lo que aquello quisiera representar, puse fin a la anécdota y la olvidé sin tener ni buscar, la oportunidad de recordarla si no fuera por lo que pasó un año después y que te contaré más tarde.



— Pues deberías habérselo contado a mamá. Te habría dicho si había oído el timbre.

— Si, y luego discutir… ¡Y acabar por explicarle que no era nadie...! ¡No sabes hasta donde pueden llegar esas discusiones vacías que empiezan con nada y luego se acaba por plantear la razón de la existencia...!

La segunda extraña coincidencia, y con esto me salto otros detalles, tuvo lugar el mismo 26 de mayo, al amanecer, cuando todavía estábamos durmiendo.

— Es el día de mi cumpleaños.

Exacto. Ocurrió a las ocho y media de la mañana, una hora antes de que llegaras a este mundo, que tampoco esperábamos que lo hicieras con tanta prisa. Sonó el teléfono. Era Marisa, que había de ser tu madrina. Despertó a mamá. Quería saludarla, saber cómo estaba. Marisa y mamá habían trenzado una amistad tan grande en el colegio que se escribían al menos una carta cada quince días. Por entonces no era corriente llamarse por teléfono desde ciudades lejanas y Marisa vivía en París. Aquel día, sin embargo, y en aquel preciso momento, llamaba porque se sentía urgentemente interesada por nuestros planes para el verano. Quería viajar con su amiga (y con el marido de su amiga) por Italia. Y por primera vez no escribía una carta para preguntarlo, sino que llamaba por teléfono. Una hora después naciste tú, Julia, en la calle O'Donnel, maternidad Santa Cristina, a cuatro o cinco kilómetros de casa.

Nadie pudo ni quiso relacionar, ni parecía haber razones para hacerlo, la llamada de Marisa con tu rápida y oportuna llegada al mundo. Yo sé que si mamá se hubiera retrasado un poco, sólo unos minutos, si se hubiera quedado dormida, si el teléfono no hubiera sonado a tiempo, probablemente, casi seguro, habrías nacido en el asiento trasero de un taxi, por el paseo de las Delicias o el Prado, desde el cual yo habría estado

haciendo señas con un pañuelo blanco mientras avanzábamos alocados al son de repetidos y secos toques de claxon.

Ninguno de los dos acontecimientos, la señal de la puerta y la oportuna llamada, parecían estar relacionados. Y podría no haberse descubierto nunca como tantos otras cosas que suceden en momentos importantes de la vida y que no se nos ocurre indagar ni siquiera cuando el azar los relaciona.

— ¿Qué es *indagar*?

— Podías deducir lo que significa, Julia, si piensas un poco.

— Pues dime palabras que yo entienda porque aquí, que yo sepa, no te oye nadie y no merece la pena que busques las difíciles.

— No es difícil, Julia, significa *investigar*, pero procuraré hablar con palabras más sencillas.

— Hacia las once de la mañana del 26 de mayo la enfermera y el médico salieron al pasillo con una niña recién nacida.

— ¿Esa era yo?

— Claro. Eras tú.

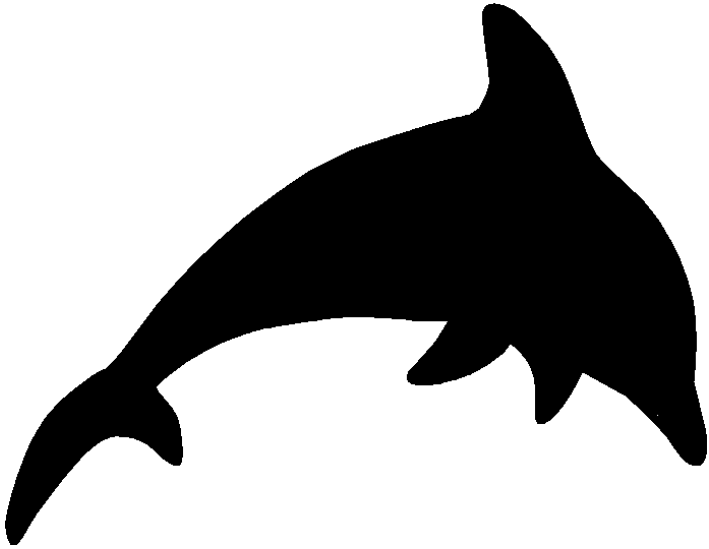
— ¿Y cómo era yo?

Todos los recién nacidos se parecen. Me preocupó, nada más verte, una mancha rojiza en la mejilla izquierda. Una mancha demasiado expuesta, una marca o una estela destacada, surgida sobre la piel.

— ¿Y esto qué es? - le pregunté al médico.

— No es nada - me dijo. Suelen desaparecer en un par de años. Habría que hacer algunos análisis complicados y no creo que merezca la pena investigar. Muchos niños nacen con manchas.

Y la tuviste durante varios años.



6

Pasó mucho tiempo y nada hizo recordar los lejanos acontecimientos, ni volvieron a suceder hechos misteriosos.

— ¿Y entonces ahí te diste cuenta de que lo habías soñado?

— No. Atiende a los extraños caprichos del azar. Cuando menos lo esperábamos, mejor dicho, cuando yo menos lo esperaba, porque mamá ya vivía ajena a esos asuntos sobrenaturales, ocurrió un hecho, uno más. Y prepárate porque debes tener noticia fiel y no perderte o confundir nada de lo que voy a contar, porque llegamos a lo más importante de esta increíble y cierta historia.

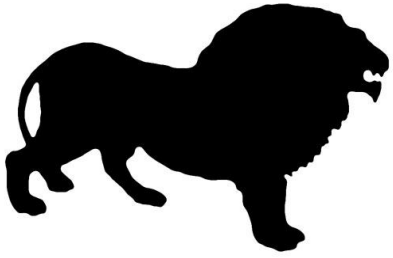
— No me digas, Papá, que con todo el tiempo que llevas todavía no has llegado a lo importante.

— No, viene ahora, pero lo que queda atrás tiene un sentido, ya verás. Si no te lo hubiera anunciado la historia quedaría incompleta, coja, sin sentido…

— Pues sigue, y sáltate todo lo que no tenga importancia, y cuéntame lo de ese país, lo de las chicas y chi-

cos que me dijiste al principio. Lo demás no me lo digas, o si acaso hazlo rápido o resumido...

— Tenías más de un año cuando llegó, inesperadamente, la definitiva prueba de que algo extraño y peligroso rodeaba tu vida. Era el mes de agosto y, como todos los años, nos habíamos ido al pueblo de los Pirineos a pasar las vacaciones. Una vez allí Marisa nos propuso hacer el viaje a Italia que no habíamos hecho el año anterior. Nicolás y tú, como otras veces, os quedabais con los abuelos. Un día, tendidos al sol en una playa cercana a Savona, mamá y Marisa hablaban de ti.



— ¿Dónde está Savona, Papá?

— En Italia. En el norte de Italia. Tenemos algunas fotos.

Yo las estaba oyendo hablar algo adormilado, aturdido por el sol. Comentaba mamá, por casualidad, la coincidencia de la llamada de teléfono, tiempo atrás, minutos antes del precipitado parto en el qué tú naciste. Marisa oía aquello con asombro. Miró, creo, al vacío. Frunció el ceño, levantó la cabeza de la toalla y dijo:

— Pero si yo no te llamé, si ni siquiera tenía tu número de teléfono, si no lo tuve hasta hace poco... si nunca nos llamamos por teléfono...

El agua del mar, en calma parecida a una balsa de aceite, apenas se movía. Una luminosidad que rayaba

la perfección. Un niño desnudo y una niña rubia, algo mayor que él, jugaban en la arena. Olas monótonas y débiles. Sabor a sal en una playa de piedras y arena.

En cuanto acabó la frase, una idea indiscutible me rondó la mente: alguien había utilizado la voz de Marisa. No era ahora víctima de la desaforada imaginación, sino del más absoluto y certero convencimiento de que alguien estaba detrás de aquel irrefutable aviso. ¿Quién y por qué se había hecho pasar por ella y le había robado la voz?

Ya sabes cómo es mamá. La divergencia del pasado con su amiga no era más que un olvido, un despiste a los que ya estaba acostumbrada. No había lugar a dudas.

— ¿No te acuerdas? Pero si hablaste conmigo, y era tú voz, lo sé perfectamente... — le dijo.

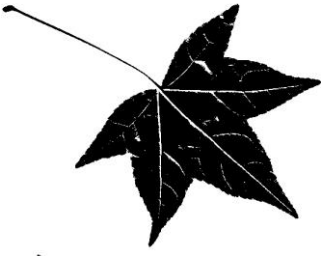
Y Marisa lo negó una y mil veces, mientras mamá aseguraba hasta la saciedad que había llamado. Para Marisa era imposible, para mamá normal porque también se olvidan o confunden las anécdotas del pasado. Y mientras ellas hablaban, iba yo buscando cómo encajar las visitas nocturnas, las señales de la puerta y las llamadas que imitan a una voz conocida. Y otra vez la carne de gallina y el temblor de piernas. ¿Quién y cómo iba a explicar y poner orden en aquella confusión? Entendí que ciertos elementos del enigma empezaban a tener sentido, como tu nombre, Julia, que, sin saberlo, coincidía con el mismo que aquellos visitantes de la noche habían pronunciado años antes de tu nacimiento.

La voz de Marisa había sido emulada por alguna persona que nos conocía muy bien con el fin de alertar a mamá, siempre tan despistada, de la inminencia de tu llegada al mundo. Si no la hubieran imitado, la niña por quien ellos estaban interesados habría nacido en un taxi, como te he dicho, con los riesgos innegables para una madre que ya había dado un hijo a la unidad hospitalaria de vigilancia intensiva. Eran demasiadas coincidencias. ¿Y quién podía evitar que aquellas personas, buenas o malas, conocedoras de todo, que aparecían y desaparecían cuando menos lo esperaba, que imitaban voces, pudieran presentarse en el pueblo de los Pirineos, en la casa de los abuelos y raptarte? Corrí al primer teléfono para confirmar que no lo habían hecho todavía y aquella noche no pude dormir. La pasé en vela, fuera del hotel, sentado en una zona de penumbra. Aunque había que hacer algo, no estaba en mis manos comprobar la identidad de la pareja que me perseguía, y mucho menos entender lo que buscaban, aunque ahora tuviera la certeza de que todo aquello no tenía nada de sueño o pesadilla. Si lo fuera, la propia vida había de ser también un accidental espejismo. Había un real acoso de alguien, bueno o malo, de quienes deseaban, sin ninguna maldad, algo de nosotros, de ti, digo, y también supe que no podía contar con mamá para aclararlo. ¿A quién, Julia, le contaba la historia? ¿En quién podía confiar? ¿Cómo ir con estos chismes a alterar la agradable calma de aquel verano en familia? ¿Quién iba a creer que yo había visto realmente aque-

llos hombres, ángeles o espíritus disfrazados o lo que fueran? Algo extraño estaba pasando y las pruebas, que ya me habían parecido evidentes, eran ahora incontestables.

Ingenié, mientras amanecía, una prueba definitiva, una demostración tan clara que había de ser una verificación: comprobar que la señal de la puerta de la casa coincidía con la que tenías en la cara al nacer. No encontré razones para interrumpir las vacaciones porque todo esto a tu madre sólo le hubiera parecido una infundada y estúpida sospecha, y más considerando la mala memoria de Marisa. ¿Quién podría ahora asegurar que la señal de la puerta seguía allí sin haber sido alterada por el tiempo o lo sobrenatural o la magia, que ya no dudaba que existía?

7



De vuelta al pueblo de los Pirineos conseguí, una astucia tras otra, hacerme con una foto que habíamos mandado a los abuelos en la que aparecía la puerta de la casa, y la guardé celosamente en mi cartera.

— ¿Y qué?... Sigue, no me dejes así. ¿Coincidía o no coincidía la mancha? Me estoy poniendo nerviosa. Supongo que me vas a decir que sí.

— Tuve mis dudas, porque faltaba volver a mirar la señal rojiza de tu cara que ya por entonces empezaba a perder fuerza. A la mañana siguiente te llevé de paseo para que nadie me viera mirarte y te hice una docena de fotos. Quería pruebas claras para mi secreta investigación y para el futuro, antes de que desapareciera por completo de tu mejilla.

— Ya no la tengo. Mira... Por lo que me dices, Papá, sé que tenía que coincidir, pero no me digas que eran idénticas, porque vaya historia...

Aquello, Julia, no podía ser el resultado del azar, sino la demostración de un poder difuminado y misterioso.

Tenía que ver de nuevo a aquellas personas, pedir explicaciones. ¿Dónde podría encontrarlos?

No creas que fue fácil abandonar la pesadilla.

— ¿Y cuándo lo hizo Dios?

— ¿Estás segura de que quieres que te hable de eso? Lo que yo sé es que el universo está en armonía porque las leyes físicas que lo rigen no han variado desde su creación hace unos catorce mil millones de años, ni en las más lejanas galaxias. Lo que yo no creo es que se formara por casualidad, como tantas veces dicen. Fíjate. En el siglo XVII Galileo y Newton explicaron que el cielo y la tierra no son dos cosas distintas, sino que están en armónica unión, que se rigen por la misma fuerza universal, la de la gravedad. Galileo con un telescopio vio cómo se movían cuatro satélites alrededor del Júpiter, y Júpiter y nuestro barco, que es la tierra, alrededor del sol. Todo estaba preparado para que Newton nos explicara con la caída de una manzana las leyes de la gravedad que tan armoniosamente orgenizan a un universo donde todo se mantiene dando vueltas alrededor de otro objeto. Los satélites alrededor de los planetas, los planetas alrededor de las estrellas y las estrellas dando vueltas alrededor del centro de su galaxia.

— Ya… Todos damos vueltas…

— Sí, pero no se nota…

— En el siglo XIX Maxwell demostró que la electricidad, que nos da la luz, y el magnetismo, es decir la atracción o repulsión que ejercen los cuerpos, son dos

aspectos de un mismo fenómeno. Así, las ondas electromagnéticas no son sino ondas de luz. Y a principios del siglo XX otro científico, Einstein, unificó el tiempo y el espacio, la energía y la materia. Y ahora a los científicos les gustaría unificar las cuatro fuerzas fundamentales del universo.

— ¿Y cuáles son esas cuatro fuerzas?

— No lo vas a entender, Julia…

— No importa. Tú me lo dices, y luego ya veré si lo entiendo o no…

— Pues mira. La primera es la fuerza nuclear, la que atrae a los apiñados núcleos de los átomos, y la segunda la que atrae, con fuerza más débil, a otras partículas del átomo.

— Papá, yo nunca he visto un átomo.

— Ni tú ni nadie. Los átomos no se ven ni siquiera con el microscopio, sólo se intuyen…

— ¿Y cómo se sabe que existen?

— Porque se ven sus efectos… La segunda es la fuerza electromagnética, es decir, ese poder que tienen dos imanes para atraerse y para rechazarse, pero que tan eficaz es en toda nuestra vida. Y la tercera es la fuerza de la gravedad…

— Pero la fuerza de la gravedad sí sabemos lo que es, por eso se caen las cosas al suelo…

— Sí, claro que sabemos lo que es, pero no cómo funciona… El día que lo sepamos, a lo mejor podemos aumentarla unas veces y disminuirla otras… Imagínate

que la disminuimos en tu cuerpo… podrías volar... ¿Te gustaría volar?

— Claro… claro que me gustaría… A todo el mundo le gusta volar… Pues de las cuatro, esta es el verdadero misterio, el verdadero escándalo cósmico. Se pasea uniforme por todos los rincones del universo y no hay manera de comprenderla. Y como va siempre en el mismo sentido, no se puede invertir. ¡Cuando pienso en todos los vasos que he roto por culpa de la gravedad…! Si hubiera podido, habría puesto alrededor de casa un escudo antigravitatorio…

8

Cuando añadí sin inventos toda la luz posible a los hechos que sólo yo conocía, deduje que, por muchas vueltas que intentara darle, el asunto transgredía, o al menos bordeaba, las leyes de la naturaleza. También entendí pronto que no podía pedir ayuda a nadie porque nadie está destinado a encajar historias tan peregrinas, tan desacordes, tan ajenas a la experiencia. Ni siquiera la idea de convencer a mamá razón tras razón y prueba tras prueba tenía sentido.

— ¿Y no puede ser que todo aquello fueran fantasías? Mírame, Papá, aquí estoy, nadie me ha buscado, y ya no tengo señales en la cara.

— Pero la tenías. Sabes muy bien que la tenías. Ahí están las fotos que lo atestiguan.

— ¿Y la señal de la puerta?

— Estaba claro que coincidía.

— A ver, ¿cómo puedes demostrarlo? Enséñame las fotos.

— No vayas tan rápido, Julia, déjame seguir. Algunas fotos importantes han desaparecido.

— ¿Pero todavía no has terminado?... Si todo eso no puede ser… ¿no me ves? estoy aquí y no me ha pasado nada...

— A lo mejor no es verdad. ¿Qué puedo saber yo? He sufrido tantos sobresaltos que confundo lo que he querido que suceda con lo que ha sucedido, y lo que no he querido ver con lo que he visto. Ahora mismo te tengo delante, en esta habitación abuhardillada que era la habitación de mamá cuando tenía tu edad, es decir cuando ni yo la conocía, ni ella me conocía, ni sabíamos que un día íbamos a casarnos y mucho menos que tú sería nuestra hija. Esta habitación está repleta de objetos de cuando ella vivía aquí, en casa de sus padres, que son tus abuelos. Coleccionaba cajas de cerillas, paquetes de tabaco exóticos y llaveros, todo tipo de llaveros, míralos ahí. Hay más de dos mil. Y fíjate ahora en los objetos de aquella cómoda, o no te fijes mucho, que es lo que normalmente se hace. Si dentro de unos días, cuando estemos en casa, en la nuestra, te preguntas por lo que hay en este dormitorio podríamos confundir muchas cosas pequeñas, podrías olvidar aquella lámpara de tronco de olivo, pero no me digas que olvidarías que estamos teniendo esta conversación, esta seria conversación sobre los hechos que rodearon tu llegada a la tierra, para que los sepas, para que puedas, si lo necesitas, conocer tus orígenes. Podrás recordarlo mejor o peor, pero sabrás que hemos hablado de

esto, que no lo has soñado. ¿O crees que esta conversación que tú y yo tenemos es también un sueño? Tal vez confiarás y te creerás aquello que más te convenga y pensarás que es falso todo lo demás y se acabó. Así vivimos los humanos, confiados en lo que más nos sustenta para ser más felices. ¿Pero qué hacemos con lo que se nos presenta tan evidente ante nuestros ojos? Lo olvidamos, sí, pero sólo hasta cierto punto, sólo hasta determinados límites.

— Papá, ¿no me estabas contando un cuento, sencillamente un cuento? Qué pasa, ¿hemos entrado como personajes o tú te has olvidado del cuento y ahora me estás contando la verdad?

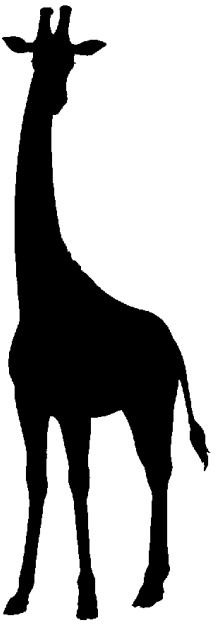
— No te adelantes, Julia, y deja que añada lo que falta para que todo encaje y que, por primera vez, pueda contárselo a alguien, precisamente a ti.

— No habías empezado por hablarme de un lejano país que no existe pero que sí existe y luego... ¿Es eso verdad? ¿Por qué no me cuentas ya lo del país y terminamos...?

— Julia, no queda mucho para llegar a eso, pero no puedo dar saltos bruscos. Tienes que conocer los detalles para que lo entienda, para que puedas luego contárselo a tus hijos, y ellos a los suyos, y para que nuestros descendientes sepan que no es verdad lo que se ve, ni mentira lo que se sospecha.

9

Mira, Julia, después de la conversación entre Marisa y mamá empecé a desconfiar de cualquier cosa. La realidad puede ser mera apariencia, y a la vez ir en contra tuya, o a favor, que de eso no sabemos nada. Sospechamos donde están los peligros, pero al evitarlos no sabemos si desechamos también el camino de la fortuna.



— Ahora sí que me tienes intrigada. ¿Has estado tú en ese país?

— Espera. Esto parecía un cuento para hacerlo más fácil, pero no lo es o, mejor dicho, más vale que lo sea, Julia, sí, digamos que es un cuento.

— Entonces en qué quedamos, ¿es un cuento o no?

— Al final vas a encontrar la solución. La coincidencia entre las dos marcas, la de la puerta y la de tu mejilla, era demasiado evidente para considerarla resultado del azar. Los demás indicios, piezas tan claras del puzzle, me aseguraban la presencia misteriosa de un poder a gran distancia de nuestro entendimiento humano.

Podía olvidarlo todo o iniciar una investigación en regla. Antes de decidirme estuve comparando las dos fotografías. Las señales son exactamente las mismas si exceptuamos los defectos de trazado. Digamos que son dos almendras, algo abombadas, colocadas una seguida de la otra, en el sentido que va de la oreja a la barbilla. En la superior, un hueco interno, algo irregular. Pasé muchos meses, años, en busca de datos, sin deshacerme del temor de desencadenar la ira de algún poder desconocido. Primero consideré que no trataba con un símbolo racional. Después intentaba imaginarme las marcas como símbolos fundados en la razón. La posibilidad de encontrar la equivalencia se manifestaba imposible. Si era un símbolo, y tenía que serlo, podría tener valores universales, comprendidos por toda la humanidad, o individuales, destinados a pasar la información entre más personas, como cuando pensé en los ladrones, pero no muchas. Los significados propios de un grupo no sirven de mucho. Si por el contrario, como con cierta lógica sospechaba, escondían las señales modelos universales sólo podría hacerse comprensibles para los que conocen esas normas, es decir, los que tienen conocimientos especiales, los científicos, por ejemplo. Entonce hice, para tranquilizar mi conciencia, lo único que tenía a mi alcance: leer, sin grandes esperanzas, algunos libros de física, y luego de astronomía, y así transformé mi secreta actividad en un pasatiempo divertido. Pasaron los años. Iba yo libro tras libro en

busca de algún símbolo o signo que me diera alguna insólita pista.

— ¿Y lo descubriste? Si no lo sabes, dímelo, y así no me hago ilusiones. Y si ya por fin lo has descubierto, dímelo también para que lo sepa y me quede tranquila.

— Sí. Sé todo lo de ese país. Calma. No podemos llevar un tren a su destino sin pasar por todas las estaciones de su recorrido, aunque no paremos en ellas... Y no estoy parando en todas, sino en las más importantes. No, no te levantes, sigue ahí sentada, ponte cómoda. ¡Cuidado, que así te caes! Cruza los brazos, si quieres, para que no te molesten esas manos tan ávidas de tocarlo todo.

— Espero que cuando llegues al país vayas tan lento como ahora y me cuentes también los detalles.

— Sí, te prometo que te contestaré a lo que me preguntes.

10

Pasaban los días sin que nada ocurriera. No sé si recuerdas que por entonces me dedicaba a observar el espacio con un telescopio. Hay objetos celestes con forma de almendra, claro que sí, pero cansado de una investigación inútil, más me serví de aquel artilugio por placer irreflexivo que para una búsqueda sistemática.

El universo es inmenso, y para nuestra modesta comprensión, infinito. La posibilidad de que surja la vida es infinitamente pequeña. Una vida consciente como la nuestra es el resultado de un extraordinario ajuste de circunstancias: la distancia de la tierra al sol para tener la temperatura propicia, la presencia de la Luna para contribuir al equilibrio… Es realmente extraordinario que al mirar nuestro pasado descubramos cómo podemos haber surgido los hombres. ¿Cómo hemos podido llegar a lo que somos? Para unos, los seguidores del científico inglés Darwin, lo que sucede ac-

tualmente es el resultado de la evolución de las especies, para otros, los creacionistas, hubo un momento en el pasado en que alguien o algo, un poder sobrenatural, colocó vida en la tierra. Para algunos cristianos la Biblia contiene todas las explicaciones, para otros no es un libro científico, sino orientador, rico en metáforas, en alegorías, una especie de fábula de la humanidad. Pero no te alteres porque esto no hay quien lo entienda. Nueve de cada diez personas que habitan el planeta están absolutamente perdidos en estos asuntos. Interesa preguntarse si los liberales son mejor que los conservadores, o si los de Villanueva de Arriba son mejores que los de Villanueva de Abajo, o si los del equipo de tenis de nuestro país han vencido a los del vecino, pero a poca gente le interesa la reflexión sobre nuestro origen.

— A mí esas cosas tampoco me interesan…

— ¿Te refieres al fútbol o a la política?

— A todo… o a nada… En realidad no me importa nada de eso…

— Ya lo sé, Julia, pero a mí me gusta que sepas que hace muchos años, más de tres mil, uno de aquellos pueblos que habitaban el Mediano Oriente tuvo una revelación: que era el pueblo elegido por Dios. Más dispuestos a defenderse con las ideas que con las armas, sufrieron persecuciones. Y han sido humillados o subyugados hasta épocas recientes, pero nunca han organizado guerras. Son los judíos. Su pensamiento sobre dios y el mundo quedó dividido cuando el arcángel San

Gabriel se le apareció a una joven para anunciarle que había ser madre del hijo de Dios. Y, en efecto, lo fue de Jesucristo. Unos siglos más tarde, una nueva revelación del mismo arcángel, esta vez a Mahoma, fue la semilla para la tercera gran religión de occidente, el islamismo. El científico Einstein también contó que, cuando amasó la idea de la famosísima teoría de la relatividad, fue igualmente por una revelación en la que vio cómo imágenes coloreadas se le imponían como si alguien se las diera a él como elegido, y no a otros. ¿Por qué a él? Porque su intuición era receptiva. En el campo de la ciencia, la creatividad no consiste en hacer lo que todos hacen. Cerca ya el final de su vida, Darwin sentía dos inquietudes. La primera, haberle hecho sufrir tanto a su mujer afirmando que Dios no existía. Él también decía sufrir por esa idea, pero lo veía tan evidente… Y su segunda inquietud, y esto es más interesante, es que se encontraba vacío como un pozo sin agua, tan seco como un desierto, porque había dejado de entender el arte, la poesía, la música… La ciencia es así, Julia, como el vacío de Darwin: mecanicista, calculadora, exigente…

— Bueno… sigue…

— Pues yo también confundía los hechos del pasado en ese oscuro límite entre olvido y recuerdo mientras me complacía en buscar estrellas y galaxias y anotar sus nombres, e imaginarme paraísos perdidos. Una noche oscura en un pueblecito de Toledo donde habíamos ido los cuatro a pasar un fin de semana, enfoqué el telescopio a la estrella Alhena, de la constelación de Gémi-

nis, de magnitud 1,93 y situada a 105 años luz de la tierra. Obtuve una imagen confusa, es verdad, deformada. Con aquel aparato, ahora arrumbado en el fondo de un armario, poco se podía descubrir. Hasta ahí no ocurrió nada extraño, pero aquella misma noche coincidieron tantas cosas que ya no sé si vi a la misteriosa pareja que me había visitado muchos años atrás o, una vez más, sólo soñé con ella. Era la primavera del año que hice el curso en Londres, y de nuevo un espeluznante delirio se adueñaba de mí. Los veía por todas partes, entre luces y tinieblas, en sueños y en la realidad, hablaba con ellos, o al menos creía que hablaba con ellos.

Una noche recibí un mensaje concluyente, un anuncio ineludible, una señal inequívoca: ¡Me daban una cita! Me pedían que me presentara en un lugar a una hora precisa. El lugar era un gran aparcamiento que se encuentra en un pueblecito fronterizo del norte de Francia, Calais, frecuentado por los viajeros que van o en ferry o vienen de Gran Bretaña. Un lugar ideal, entre gentes de tantas nacionalidades, para pasar desapercibido.

— ¿En Francia?

— Si, claro, en Francia.

— No me dirás que fuiste.

— ¿Y tú qué harías?

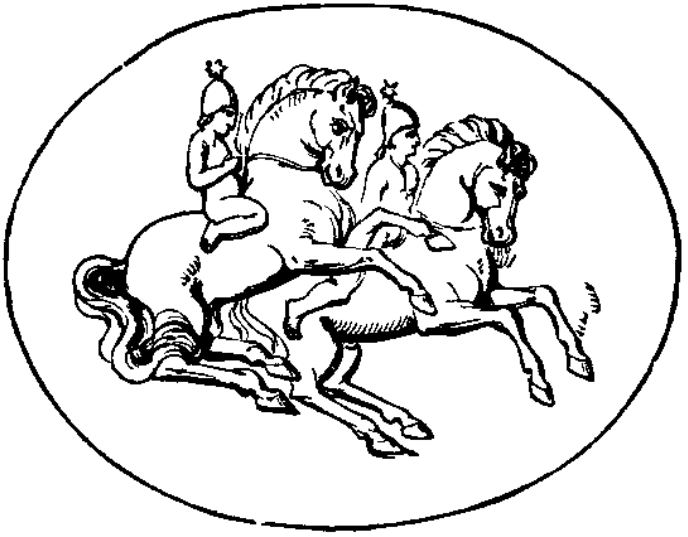
— Si eso no puede ser verdad. ¿Quiénes quieres que sean esos hombres? ¿Dónde viven? ¿Cómo viajan? ¿De

dónde vienen? ¿No te podían decir lo que fuera sin hacerte ir tan lejos? ¿Los llegaste a tocar?

Creo que sí, claro, o tal vez no, pero puedo asegurarte que estuvieron delante de mí lo mismo que tú y yo estamos hablando aquí ahora mismo, en esta habitación. Me citaban, y eso lo comprendí muy bien, porque querían llevarme a algún sitio.

— ¿Al país perdido, por fin?

SEGUNDA PARTE



11

Ahora me preguntas que de dónde venimos los hombres? No puedes imaginarte lo difícil que es responderte, pero lo voy a intentar, según sé. Bien podrían existir otras explicaciones. Si te remontas a tus tatarabuelos, coincidimos con antepasados comunes. Si nos remontamos a quinientos millones de años, tenemos antepasados comunes con… pásmate Julia… los peces… y si hablamos de mil cuatrocientos millones de años, nuestro antepasado son unas gotas de agua… y hace más de cinco mil millones de años nuestros primitivos seres eran polvo de estrellas… Parecería como si desde el principio del universo, desde el Big-bang, hubiera ido haciéndose cada vez más plejo para acabar, catorce mil millones de años más tarde, construyendo al hombre. Pero yo no me imagino cómo podría encontrarse la información necesaria, aunque sea en forma de germen, en la primera forma que tomó la naturaleza, es decir, en el Big-Bag, probablemente una enorme nube o caldo de partículas elementales. Es difícil imaginar cómo aquellas partículas tendrían ya, en su programación, la información capaz de conducirnos al mundo de hoy.

— Eso sí que no lo entiendo… ¿Cómo puede haber pasado tanto tiempo? Yo sólo tengo once años… ¿qué era yo antes?

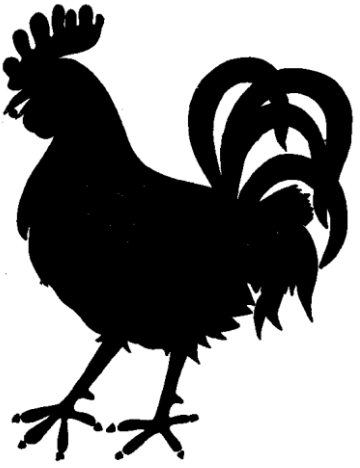
— Decía san Agustín que él sabía lo que era el tiempo, pero que, como todos, se sentía incapaz de definirlo. Pero sí podía decir que si no pasara nada, no habría tiempo. Así que el tiempo pasa porque tienen lugar algunos acontecimientos que se instalan en el pasado. Si existiera un universo sin hechos, no habría reloj, ni tic tac… Parece como si fuéramos subidos en una gran flecha, el tiempo, que avanza…. pero no es exacto. El tiempo es el nombre que le damos a la sucesión de acontecimientos.

— Entonces yo soy once años de acontecimientos, como tú dices… pero me llamo Julia y siento las cosas a mi manera…

— Te voy a poner otro ejemplo. Cuando yo tenía diez años… ¿Cuánto tiempo esperé para tener once?

— Un año, papá …

— Sí, un año. Y qué largo se me hizo. Pero ahora que tengo treinta y cuatro no he sentido la misma extensión temporal que antes, sino mucho menos. La sensación del tiempo es proporcional a la impresión que nos produce su per-



cepción. Si tenemos cien gramos de arroz en una mano y añadimos diez gramos más, notamos una pequeña sensación de aumento de peso, pero necesitaríamos añadir veinte gramos, y no diez, para tener la misma sensación si tenemos en la mano doscientos gramos de arroz. Percibimos la variación de manera proporcional, y no absoluta. Por eso, para tener la misma sensación de tiempo que entre diez y once años, habría que pasar de treinta a treinta y tres… Fíjate… lo que a ti te parece una vuelta de la tierra alrededor del sol, para mí son tres vueltas…. ¡Increíble… ¿verdad?

— Ya… pero creo que no lo entiendo…

— Pues claro. Y ni siquiera yo, que soy tu padre, puedo saber cómo sientes tú el tiempo… ni nadie… Pero ahora más vale que siga con la historia. Aquella extraña cita a las doce cuarenta y cinco de la noche, hora local, en el parking del embarcadero de Calais, el cuatro de agosto del año que yo cumplía los treinta era aparentemente, y de la manera que quisiera verse, una completa locura. Claro que no tenía intención de someterme a esas irracionales y misteriosas órdenes propias de las películas terror o de ciencia ficción, que luego terminan con un grave incidente (que no la muerte) de un ingenuo héroe que confía excesivamente en los malhechores. ¡Qué singular tontería! Con aquella evidente prueba de que me introducía sin querer en un juego inútil, y probablemente peligroso, di por concluida la insulsa e innecesaria investigación. Y lamenté no haberme olvidado de ello mucho antes. Bien mirado no

había nada que resolver puesto que tampoco había nada que lamentar, y sólo con las sospechas no se puede construir un mundo. Ponía así fin a esa constante incertidumbre, y al mismo tiempo a los fantasmas... ¡No, Julia, no, no te vayas, la historia no ha terminado!

— Me está llamando mamá.

— ¿Estás segura? Yo no he oído nada.

— Que sí, que sí, que me ha llamado...

— ¿No será que te lo imaginas tú como dices que yo me imaginé todo aquello que oía?... Espera... ven... No te creas que se haya acabado todo...

— Fui a la cita...

— No es verdad. No fuiste. Eso me lo dices para que me quede.

— Sí. Fui a la cita. Me presenté a la hora prevista en el lugar convenido.

— Entonces mamá tuvo que darse cuenta. Eso sí lo podemos saber y comprobar.

— Puedes preguntárselo. En esta historia no hay contradicciones, sino constataciones. Ya ves que por una vez los personajes somos nosotros mismos.

— Fui a la cita porque nunca me habría perdonado no hacerlo, porque no me habría podido soportar mí mismo reprochándome la renuncia a una oportunidad tan clara de desvelar los enigmas. Supe, como en una revelación, que tenía que hacer las cosas con prudencia, sin que nadie se alterara. Saber guardar secretos es el principio de la prudencia. Por eso, para que nadie sospechara de mis extrañas investigaciones, expresé

mis deseos de hacer curso de inglés en Londres para alejarme sin sospechas. Os dejé en El pueblo de los Pirineos el tres de agosto. ¿Te acuerdas del coche amarillo…? Con aquel coche y con un miedo irreflexivo y a la vez con una incontrolada curiosidad, me presenté en el aparcamiento del ferry de Dover con un miedo irreflexivo. Procuré llegar hacia la media noche. Paré el motor y encendí la radio. Se oían decenas de emisoras en diferentes lenguas. Buscaba entre los coches a la pareja que nos visitó y que tantas veces había sentido de cerca.

A la hora señalada sentí un irresistible sueño y luego me quedé atontado. Cuando recuperé la conciencia estaba recostado en uno de los muchísimos sillones de un salón tan inmenso que parecía no tener fin y era imposible distinguir las paredes. Otros sillones estaban ocupados por hombres de barbas blancas y mujeres de túnicas azules, y todos me miraban con esa media sonrisa lánguida, plácida y reconfortante, que no me era ajena, pues la tenía bien grabada en la memoria. Olvidé, por momentos, que yo estaba allí para resolver un enigma, para descubrir a quienes predecían y anunciaban tu futuro.

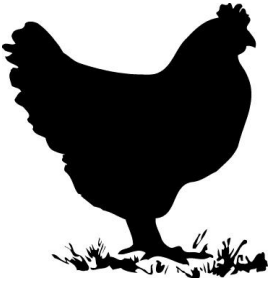
12

No sabía cómo ni por dónde había llegado a ese país que no viene en los mapas, y, lo que es peor, también desconocía el camino de regreso. Pero esos temores se desvanecieron porque pronto dejé de echar de menos mi origen para sentirme como si hubiera vivido siempre allí. No necesité preguntar, ni pedir explicaciones. Tampoco vacilé para elegir los modos y las maneras a que debía ajustarme. Suavemente, sin que nadie lo indicara, actué como ellos, como si hubiera vivido allí desde siempre y, lo más sorprendente, ajeno a las necesidades que nos exigen saber en qué ciudad estamos, cuántos kilómetros se aleja de la nuestra, desde qué aeropuerto sale mi avión, a qué hora cierran las tiendas, cuándo y en qué proporciones se come y cómo se festejan los cumpleaños. Nada de eso me interesó aunque yo fuera la excepción en medio de tan suave consonancia. Comprendía la belleza y la magia de un paraje al que se llega por ningún camino, encajado en ningún lugar, sin normas, sin horas, sin tiendas, sin calles, sin nada... Empecé a convivir con las dulces costumbres de todos ellos como si hubiera vivido siempre allí, y sin sa-

ber quién me habían invitado ni por qué, y ni siquiera si alguien iba a ocuparse de mi acogida. Tampoco me importó perder el control del tiempo, el paso de los días con aquellas tenues percepciones que diferencian la oscuridad de la luz, y las escasas necesidades de dormir al unísono, ni siquiera con las exigencias de un largo descanso al día. No eran tales carencias sino agradables signos de una apacible vida que me ayudaba a confundir la actividad, en especial la labor que nosotros llamamos trabajo y las festivas. En aquel lugar o lo que fuere no hay quehaceres que exijan más esfuerzo que otros, y tampoco diferencias entre los periodos de actividad y los de descanso.

Te preguntarás, Julia, cómo se organizan, entonces, para todo lo que nosotros aquí en nuestro mundo necesitamos hacer y tener, y te diré que ellos, sencillamente, no sienten necesidad de nada, si exceptuamos ciertos y exóticos destellos de riqueza como el níquel del mobiliario, el cuero de los sillones y la seda de las túnicas. Los hombres y mujeres de aquel país se reparten las tareas sin que nadie las imponga: hay carpinteros, zapateros, sastres, albañiles y otros muchos oficios, y ensamblan maderas para hacer muebles, y reparan zapatos, y cosen trajes y construyen moradas sin recibir nada a cambio porque el dinero no tiene uso, ni necesitan que exista. Son una gran familia, una gigantesca familia y yo era en ella el provisional invitado, el habitante mil cuatrocientos uno del nebuloso país. Había llegado allí, lo supe más tarde, invitado por las constan-

tes e indescifrables apariciones de una de aquellas parejas que había cometido un error que te explicaré más tarde. Luego, mi obstinación por descubrir lo que pasaba les aconsejó invitarme a conocerlos. Hicieron bien y les estoy muy agradecido. Ahora vivo sin pesadillas y con una nostálgica calma, la que me ha faltado desde aquella inesperada visita del jueves de marzo. Si quieres saber lo que querían de mí y para qué me habían invitado te contesto con sin rodeos: calmarme. Sabían muy bien que para ello sólo hacía falta supiera quiénes eran. Y así fue.



13

Todas las tardes, o todos los momentos que podríamos llamar atardecer, unas bellísimas chicas salían a pasear vestidas de túnicas blancas y rojas. Se desplazaban en pequeños grupos, lentamente, y hablaban con delicadeza brevísimas frases en todos los idiomas del mundo. Saltaban y a veces canturreaban en dulce y delicado tono. Tanto placer y goce recibían los sentidos que no me sentí triste ni desarmado cuando se presentó ante mí el principio de la solución de todos los enigmas, porque entre aquellas hermosísimas nereidas estabas tú, Julia, tú misma, mi propia hija.

— ¡Qué imaginación, Papá, te estás pasando! ¡Cómo iba a estar allí si no me acuerdo de nada! Si hubiera estado en ese país lo sabría, lo sabría perfectamente. No me vayas a decir que luego me borraron la memoria.

— No; no te lo voy a decir. Me acerqué a ti y, a diferencia de lo que sucede en muchas películas de buenos y malos nadie lo impidió.

— ¿Qué haces aquí? - te dije. Y tú, sin vacilar contestaste: *Ya ves, me paseo con mis hermanas.* ¡Dios mío! Dijiste *hermanas*, lo oí muy bien, trescientas cuarenta y nueve hermanas. Serían, evidentemente, de distintas madres y padres. La cuestión más clara, era, tenía que

ser, si ibas a ser capaz de reconocerme o no como tu progenitor. Y me contestaste, más o menos, con estas palabras:

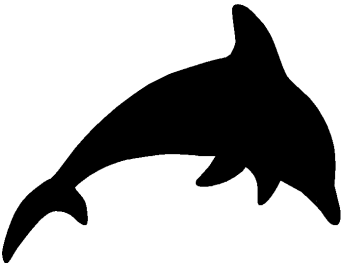
— Yo a usted, señor, no lo he visto nunca.

— ¡Qué sensación, Julia, oír esas palabras! Parecía claro que los propósitos de aquella gente de tan encantadora apariencia eran, sencillamente, el rapto. Un selectivo rapto para construir la gran familia de seres perfectos, una vez borrado de la mente el pasado de cada uno de ellos. Hubiera tenido que buscar la manera de huir contigo para hacerte libre, pero un sentimiento de paz tan intenso y abultado impedía imaginar cualquier proyecto impulsivo que sesgara aquella apacible sucesión de instantes. ¿Cómo liberar a alguien de una felicidad tan colmada?

Había que pedir explicaciones, tal vez, sí, pero ¿a quién? ¿Dónde estaban los jefes? No era difícil comprobar que mi osadía me había hecho víctima del mismo rapto que tú habías sufrido, aunque fuera un bienaventurado y sutil secuestro. Para volver a nuestro mundo, a nuestros hábitos, si es que quería regresar, tenía que contar con la misma fuerza que me había llegado hasta allí. Nunca hubiera sabido qué dirección tomar para el regreso. Pregunté a quienes te acompañaban si ellas también habían sido selec-cionadas y raptadas y sólo entonces comprendí que el secreto no era sino la manera de comunicarse. De haber estado a este lado de la vida me habría puesto a temblar porque por primera vez desde que había llegado allí estaba uti-

lizando la palabra para comunicarme, sí, y también me contestaban con palabras, pero en lenguas tan desconocidas que de ellas nunca antes había oído ni siquiera el nombre, y sin embargo, las entendía. Y no me estaba volviendo loco. Mi repentino don de lenguas, que había de tener explicación más tarde, servía para oír de boca de tus amigas que ellas no habían sido raptadas de ningún sitio, que vivían allí desde siempre y para siempre, y que no comprendían qué mis atuendos no fueran los que corresponden a los hombres del lugar. Y se reían en acompasados sones, incluso tú, Julia, también te reías de mi torpe indumentaria. Por entonces añadí al orden de mi investigación, de la que ilusoriamente me creía protagonista aunque que ya no iba a ser necesaria, que a los habitantes del paraíso perdido les habían suprimido la memoria de su pasado.

14



No se puede hacer la guerra con quienes sólo saben de paz. Fíjate, Julia, todos los descubrimientos de la ciencia tienen fines pacíficos, pero cuando menos lo esperamos se transforman en medios para exterminarnos los unos a los otros

Los científicos buscan el funcionamiento de la vida, explican el orden del universo. Los avances de la física nos han permitido el estudio del átomo, y gracias a ello sabemos por qué brillan las estrellas, y en especial por qué el sol es la fuente de vida sobre la tierra. Pero también la física nuclear es la responsable del arma más destructiva de la humanidad, la bomba atómica. Ahora sabemos que ese conocimiento podría conducirnos a la autodestrucción.

Si nuestros remotos antepasados se peleaban con barrotes, las modernas lanzas son capaces de destruir a cientos de miles de personas en unos minutos. Pero también es verdad Julia, y esto debes de saberlo, que nadie se muestra violento con quienes no entienden de violencia.

Pues bien, el ímpetu incontrolado que me había convertido en investigador y liberador aguerrido, a modo de esos hombres tan fuertes y astutos que vemos en el cine, me servía ahora para sosegarme. Y mi calma estaba fundada, lo sé, en comprender su inmejorable sistema de comunicación. En aquel edén, Julia, los hombres se expresan sin hablar, directamente desde las mentes, y a veces también articulan sonidos, pero éstos son aderezos y ornamentos de la comunicación. Por eso había comprendido la lengua en que se expresaban tus supuestas hermanas, porque sus ideas habían viajado directamente al entendimiento sin pasar por las palabras, que no son sino signos intermedios abstractos y arbitrarios.

Pues sí, Julia. Colocaban sus mensajes con insospechada facilidad en mi comprensión, mientras yo veía más difícil transmitir los míos. El ingenioso lenguaje, el más sencillo que el hombre puede imaginar, explicaba que no hubieran existido barreras para comprendernos desde el principio, y también aclaraba el sistema utilizado para darme la cita en Calais. Descubrir el lenguaje del paraíso ignorado, Julia, fue el paso más grande que he dado en mi vida. Ahora sé que si ellos han alcanzado ese perfecto grado de convivencia ha sido gracias a la honestidad de su comunicación, tan purificada de mentira y odio, tan desasistida de falsedades, patrañas, hipocresías y disimulos.

— ¿Por qué dices que ese territorio me pertenece si yo nunca he estado allí, ni sé nada de lo que me estás contando?

— Porque es el tuyo, Julia, porque yo sólo fui un privilegiado visitante, y tú parte principal del paraíso.

— Pero Papá, no me engañes, si sabes más que yo de ese país... ¿Cómo va a ser el mío? A quien tú viste allí fue a alguna niña que se parece mucho a mí, pero que no era yo.

— Sí, y que tenía tu misma voz, entrecortada y cándida, tus mismísimos rasgos, delicados y dulces, tu mismo peinado, rebelde y encrespado, tus mismos gestos, bruscos e inocentes, tu mismo estilo al andar, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, y, además, tu mismos dedos meñiques de los pies, superpuestos sobre el dedo anterior. Imagínate que en el mundo que conocemos pudiéramos promover una sociedad sin economía, sin dinero, sin políticos, sin ricos y pobres, sin afortunados y desgraciados, sin guapos y feos. Imagínate que todos los seres des mundo, todos los hombres del planeta tuviéramos los mismos derechos a y unas obligaciones tan arraigadas en nuestro espíritu que las cumpliéramos sin esfuerzo alguno. Y un gran ministerio de sanidad para el mundo entero capaz de cuidad cualquier enfermedad a cualquier persona en los límites en de los avances de la ciencia…

— Sí, y también sanar a los gatos…

— ¿Y las aves, y los ratones, y las cucarachas, y las hormigas…?

15

Me alegro, Julia, de verte calladita y atenta, de que hayas dejado de interrumpir y de que te muestres complaciente. Te decía que procedemos de las estrellas, que somos estrellas que han cambiado hasta hacer de nosotros seres conscientes.

Es verdad que han existido grupos de gentes bárbaras e irreflexivas que han aniquilado a sus vecinos sin más motivo que el de procurarse una mejor subsistencia, o por mero egoísmo. Otros, sin embargo, como Alejandro Magno o como Julio César han conquistado y sometido a diversos pueblos, pero gozan de prestigio histórico. ¿Tendrán en el futuro el mismo prestigio quienes lanzaron las bombas atómicas en dos ciudades japonesas? Creo que no. La misma naturaleza que dio vida a pueblos guerreros y violentos, nos dio a Mozart o a Miguel Ángel… ¿Cómo se explica eso?

— No sé… Hay gente buena, y mala… eso pasa siempre…

— Pues sí. Por eso iba diciéndote que cuando supe que también podía comunicarme por transmisión dire-

cta, que no permite mentir, y por tanto no autoriza el odio, empecé a sentir la paz. Ya había leído algunos libros sobre ese tipo de mensajes entre los seres vivos. Comprobar que existían, que lo utilizaban delante de mí y conmigo mismo, me produjo cierta inexplicable bonanza, mucho más placentera cuando lo adornaban con la palabra, porque conseguía así experimentar ese deleite del políglota. Y nacía al mismo tiempo una duda. ¿Por qué, en un país donde las personas eran tan iguales que ni siquiera había gobernantes, hablaban tantas lenguas distintas? ¡Dios mío! La respuesta me vino rápida, también por transmisión mental: porque sus cuerpos, porque sus... su parte material, procedía de muchos países distintos, de los nuestros, Julia. ¿Habrían sido todos raptados como tú? Y como nadie me leyera ese pensamiento, pregunté, desde un sillón de cuero del gran salón, a viva voz, en nuestra lengua:

— ¿Por qué estáis aquí? ¿Quién os ha traído? ¿Qué pretendéis hacer?

Y entonces una mujer de tez morena y ojos negros con un lunar rojo en la frente me contestó en sánscrito:

— Ningún...

— ¿Cómo puedes saber que era sánscrito, papá, si no conoces esa lengua?

— Sí la conozco, Julia. La conozco lo suficiente como para identificarla. Era sánscrito y me emocioné al entenderlo, o quizá lo entendí porque yo también tenía en don.

— ¿Y qué te contestó?

— No me interrumpas. Si no me dejas concentrarme voy a perder el hilo. Y ahora no puedo distraerme porque estamos llegando a los momentos más importantes, y si no selecciono lo que quiero contarte, desviaría la explicación concluyente. A ver... ¡Cálmate un poco! ¡Concéntrate! Ahora yo tenía que interpretar la respuesta, y no creas que me ayudó mucho su información. Me estaba diciendo, sencillamente, que ningún ser vivo del universo sabe de dónde viene ni adónde va. Era evidente, pensé, que aquellas personas ignoraban que habían sido raptadas o... ¿tal vez no había sido raptada? ¡Si hubiera podido leer en sus mentes como ellos leían en la mía cada vez que lo deseaban...! Y le pregunté de nuevo a la mujer hindú vestida de túnica azul y blanca:

— ¿Dónde habéis nacido? ¿Qué hacéis con vuestros cadáveres?

Y la mujer hindú no respondió con palabras, sino por transmisión mental directa, y me dijo de manera inequívoca que ellos ni nacen ni mueren.

Fíjate, Julia… con lo importante y admirado que es en nuestro mundo la persona que triunfa, que no quiere decir sino que sobresale frente a los demás. El que mejor canta, el que mejor gobierna, el que más capaz es de añadir territorios a su país, el que se hace, sin que se tengan en cuenta los medios, más rico que los demás…. En fin… Habría que cambiar la educación, abolir el palmarés de las gentes, terminar con la competencia desde sus raíces…

16

Imagínate, Julia, mi desconcierto. No saber, con respecto a nuestro mundo, al tuyo y al mío, dónde estaba. No ver camino para recuperar la normalidad, y carecer de toda referencia para organizar el regreso.

Ahora que he vivido esa experiencia, sé que lo más importante sería que la humanidad, nuestro mundo, pudiera pasar de una cultura de guerra a una cultura de paz. Pero dependemos tanto del progreso y de los cambios de la ciencia que se hace necesario garantizar el derecho de saber hacia donde vamos. Hay decisiones de este mundo que nos pueden llevar a la autodestrucción. Todos nuestros gestos, nuestras decisiones, nos llevan por un camino mientras abandonamos el otro. La mayoría de ellos no tienen ninguna importancia. Que abra o cierre el paraguas no cambia nada. Pero cuando se trata de luchar contra el terrorismo o de mostrarse en contra o a favor de las manipulaciones genéticas, o de elegir la energía que más conviene a un país, eso puede ser determinante.

Los humanos tenemos en nuestras manos buena parte de nuestro destino. El filósofo Hegel decía que es más fácil ser esclavo que señor, porque el sometido no

tiene las responsabilidades de los gobernantes y los científicos. Cuanto más comprendemos el universo, más responsabilidades desarrollamos frente a los demás hombres, o frente a la naturaleza.

En el Nopaís estábamos invadidos por la tranquilidad, sí, pero cada vez que recordaba a mamá, la imaginaba buscándonos desesperadamente por las comisarías de policía. Y sospechaba también titulares de los periódicos: «Niña raptada en extrañas circunstancias. Padre desaparecido a las pocas horas».

Cada ciudadano elegido que conocía era a los pocos minutos de conversación un amigo. Sus presencias empezaban por infundir una gran calma, y luego una sensación tan agradable que frente a ellos no había nada que temer. En el paraíso insospechado compartíamos las actividades fuertes, que nosotros llamaríamos trabajo, y que consistía en pasar unas horas en algún taller o en alguna zona de reparación de instalaciones, y la actividad débil, que no era más que la charla, con o sin palabras, y la lectura.

En eso de la lectura tienen una ventaja que ni tú, la que estás aquí ahora, ni yo, podríamos sospechar. Un libro puede leerse de dos maneras: la primera se parece la nuestra y consiste en buscarlo en una infinita colección de volúmenes que llegan allí no se sabe de donde.

Disponen también de la posibilidad de ponerse en contacto con alguien que ya lo ha leído y recibirlo de mente a mente, como el resto de la comunicación.

¡Te imaginas! Se colocan uno frente al otro y se transmiten el libro entero...!

Eso explica que no existan ni colegios ni universidades, sino aprendizaje individual entre unos y otros, y permanente, a una velocidad catorce veces superior a la lectura de un hombre medio.

Cuando descubrí esta facultad tan fascinante empecé a sospechar que estaban leyendo mi mente y aprendiendo lo que yo sabía, incluso mis inquietudes. Y era cierto. Un gran paso en mi adaptación me llevó a pensar, como era lógico, que tú también disponías de esas facultades tan por encima de las conocidas, e incluso de las sospechadas, y que, al mismo tiempo, cualquier idea de fuga, si es que la huida podía ser deseada, iba a ser descubierta sin el menor esfuerzo.

La conclusión surgía con lógica inequívoca: tú, y sólo tú, habías de enterarte de mis intenciones. Era necesario estar contigo, pensar en mis inquietudes, facilitar que te llegara la información y esperar… sencillamente esperar. Tal vez así recordarías tu pasado en el único

mundo que tú y yo ahora entendemos y, con paciencia, habrías de llegar a comprender mi visita a tu mundo. Para introducirme en los entresijos del lugar, para tenerte, a la vez, más cerca, puesto que nadie iba a impedir mis movimientos, te seguía a todas partes y así fui descubriendo la facilidad con que se accede el alimento, en los momentos de apetito, unas veces en las estancias, otras veces en habitáculos de níquel que se esparcían de manera asimétrica por un bosque de enormes cedros alineados, frondosos, generosos, cómplices… Ejemplar y admirable era también la libertad para la selección de las horas de sueño, en comodísimos sofás y sillones, casi siempre tapizados en cuero, si estaban en las estancias, o en seda, si se extendían, a modo de lechos, en los habitáculos de níquel.

— No sé por qué, Papá, todo lo que estás contando me suena de algo.

— Claro que lo conoces, Julia. O no, espera. No olvidemos que esto es un cuento, si lo olvidamos puede ser miedoso.

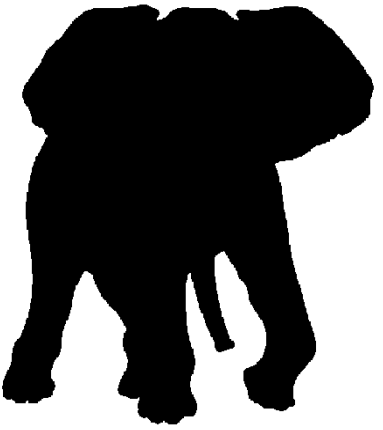
— ¡Papá, me de la impresión de que tú sabes más cosas de lo que parece!

— Sí, y quiero que las sepas tú también.

— De todo lo que estás contando, algunas cosas son verdad, lo sé, y yo podría decírtelo porque...

17

Vayamos ordenadamente. Primero tendremos que llegar al final de la historia, y después, o si quieres otro día, porque hoy vas a estar cansada, hablaremos con más calma. Mira ahora por esta ventana, Julia, mira y verás qué bonito que está todo, tan verde, tan limpio. La vegetación, para nosotros símbolo de vitalidad, y el agua, esencia de la vida, son muestra de bienestar. En aquel edén el agua, la vegetación son un bien, como la comida, pero también, y al mismo tiempo, se alza espíritu, esencia de un bienestar que no es sino el resultado de la convivencia dotada de hermosura. Los hombres y mujeres de la región sin trampas asientan su riqueza en la información, en los conocimientos. Aunque saben mucho menos que nosotros sobre la ciencia, conocen mucho más sobre la vida. Y dominan tanto y con tanta intensidad los entresijos de la existencia que han



aprendido a seleccionar la virtud, a menospreciar el vicio, y a erradicar el mal gracias a la transparencia de su comunicación. Por eso entre ellos y nosotros no existen fronteras. Nosotros las pondríamos, pero ellos poseen todo el poder para evitarlo. Por eso nunca podríamos mostrarnos hostiles con la gente del paraíso, ni siquiera provocar una pizca de enfrentamiento, es sencillamente imposible la guerra cuando uno de los bandos está incontaminado de odio.

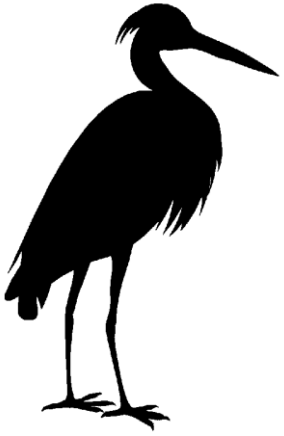
— Esto ya no es un cuento, Papá, no tiene nada de cuento... A mí me parece que lo que me estás contando es verdad, eso ha tenido de suceder.

— No, sólo quiero decirte que la belleza del lugar, el placer y reposo de los sentidos, no radica, como aquí, en las estética del paisaje, en el bienestar material, sino en la estética de nuestros adentros. Y como nuestro interior puede ser observado de igual manera que nuestro aspecto externo, no cabe sino mantener la misma elegancia, la de mantener un espíritu inmaculado. La felicidad está en el interior y la proporciona la justa comprensión de lo que nos rodea. Por eso los fundamentos de la vida allí se transforman sencillamente en paz íntima. Por eso el paisaje, la disposición de las moradas no siempre parecen lo más estético, pero sí lo más útil para el entendimiento. La ausencia de este mobiliario convencional, de nuestras viviendas superpuestas unas sobre otras, tal y como los conocemos, de calles, de coches, de cines, de restaurantes, de esas di-

versiones que aquí tenemos se suplen por el justo dominio de la razón.

— ¿No había televisión, ni coches...?

— No, claro que no hay coches. Nadie siente la necesidad de desplazarse. ¿Para qué...? Todos son una familia y están allí, juntos, y no tienen que viajar de un sitio a otro porque no hay lugares peores ni mejores sino maneras de concebirlos. Por eso cualquier lugar habitable del planeta sería para ellos el ideal. No hay diferencia, además, entre vacaciones y trabajo porque todo son vacaciones, o todo es actividad sin distinciones porque de alguna manera habrá que entenderlo. En realidad, Julia, todo esto lo tendrías que saber tú tanto como yo, pero lo tienes en tu consciente dormido. Un día lo despertarás.



— Todo esto es un cuento, muy bonito, lo reconozco, que te estás inventando... Y yo no soy más que un personaje transformado.

— Sí, es mejor que lo entiendas así. Pero dime, pregunta, si quieres alguna aclaración puedes hacerla, antes de entrar ya en el final.

— Sí, claro que quiero preguntarte cosas, me gustaría saber todo, todo lo de ese país. Por ejemplo, ¿por qué sólo hay trescientas cincuenta niñas?

— Querrás decir por qué sólo hay mil cuatrocientas personas, ¿o es que no quieres contar a los demás? La cifra es, en el ámbito del saber, un número perfecto, finito, y a la vez ilimitado porque representa el doble del número más alto del sistema sexagesimal, en el cual el siete no existe. El siete rebasa los límites del sistema numérico más primitivo, que sólo llegaba hasta el seis. Es, por tanto, el número mágico. Setecientos es el resultado de multiplicar el número mágico por diez, que fue el nuevo número mágico, el del sistema decimal, el de la nueva cultura. Luego, duplicar esa cifra es dar un paso más, alcanzar el máximo de la perfección.

— Pues no lo entiendo.

— No importa, Julia, tampoco es fundamental en esta historia. Ya lo entenderás un día en clase de matemáticas.

18

Mejor, Julia, concentrarnos en lo que nos interesa. Conseguí salir de allí, aunque también deseaba quedarme para siempre. Muy claro estaba que yo ni tenía barbas ni vestía túnica, ni estaba destinado a aumentar en uno su mágica cifra. No creo que los padres de las otras trescientas cuarenta y nueve chicas, ya no sabía si raptadas o cedidas, hayan sido invitados en algún momento de sus vidas. Recibí, pues todo tiene su tiempo, una explicación convincente de Nik Kapalov y Mosa Iturvina, la pareja que nos había visitado a mamá y a mí en aquella noche lejana del jueves de marzo, y que tienen asignada por sus congéneres la búsqueda y posterior reanimación de los integrantes de lo que Mosa llamó en español La Agrupación. Mosa y Nik entienden, como todos, cualquier lenguaje humano articulado, gestual o cultural, y poseen el don de expresarse con soltura en cualquier lengua, pero suelen usar unas dieciocho, entre ellas el quechua y el zent. En su celo por el reclutamiento de integrantes Nik había cometido un error al visitarnos. Te explicaré. Un grupo de sabios investigadores de La

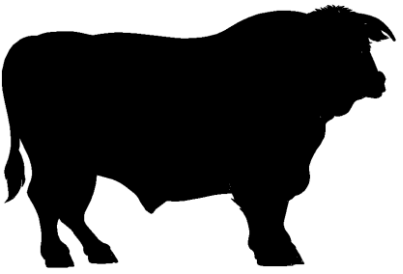
Agrupación conocen cada vez mejor el pasado y el presente y, con esos datos y sus potentes razonamientos, programan el futuro con escasos errores. En el futuro aparecías tú, con nombre y apellidos, y habías sido seleccionada. Mosa y Nik, nuevos en su misión, vinieron a nuestro hogar de recién casados, el de mamá y el mío, a comprobar tu presencia, sin advertir que en el paso del *no-tiempo* de La Agrupación al *sí-tiempo* de este mundo habían cometido un ingenuo error de tres años, cuatro meses, un día y tres horas, que trasformado a su sistema de medición, no es más que confundir una cifra. De ahí la visita tan tardía en cuanto a la hora, tan temprana en cuanto al año. Seguían encajando los misteriosos acontecimientos. Iturvina y Kapalov me desvelaron los secretos con dulcísima voz, en castellano, en una de las grandes estancias, mientras se desvelaba ante mí, con insospechada naturalidad, el misterio de La Agrupación. Iturvina, entonces, contestando a mis preguntas, reconoció haber usurpado la voz de Marisa para evitar que nacieras en el taxi, y me explicó que el sistema de señales en tu mejilla y en la puerta de nuestra casa les sirvió de contraseña para indicar, como en los demás casos, la morada que te correspondía en La Agrupación.

Quedó confuso, sin embargo, un importantísimo y escabroso asunto: el de los raptos. ¿Cómo podían concebir un procedimiento tan doloroso para las familias? ¿Cómo seres tan bondadosos e inteligentes podían raptar a los jóvenes sin ningún sentimiento de culpa?

¿Cómo podrían hacer sufrir a mamá y toda nuestra familia, que estaría angustiada, buscándonos por los rincones del planeta...? Y entonces, cerca del final de aquella larga conversación en la que intervino la transmisión mental directa, comprendí, con convicción inequívoca, que no sólo permitirían que regresara como había venido, si es que aquella era mi intención, sino que incluso me ayudarían en el intento. Acababa de adquirir una información tan razonablemente clara que me obligaría a guardar un discreto silencio. De todo aquello deduje que, llegado a este nivel de conocimiento, cercano ya al de ellos (pues la gran diferencia con nosotros es la limpieza y candor de su comunicación) para abandonar el lugar sólo tenía que desearlo, que pensarlo delante de cualquier miembro de La Asociación que leyera mis intenciones. Llegué entonces al grado máximo de comprensión y una inmensa tranquilidad y calma se adueñó de mi entendimiento, y luego de todo el cuerpo. Había logrado el estado de felicidad puro.

Después de un largo paseo por los rincones más alejados, busqué tu presencia, miré tus ojos, y pensé intensamente que deseaba abandonar el lugar en tu compañía, claro. Tenía la certeza de que no iba a encontrar ningún obstáculo. Estábamos en una estancia de níquel, los dos solos. Sentí un dulce cansancio, luego quedé inerte, y por fin desperté en el interior del coche, en el parking de Calais, sentado al volante. Y tú no estabas conmigo.

19



La primera reacción fue un dolor intenso y agudo que se repartía con homogeneidad por todo el cuerpo, y se revelaba más punzante en la cabeza. Creí ver la consecuencia del abandono repentino de mis amigos del paraíso perdido. Me sentí incapaz de calcular los días que había estado ausente. Pensé en varios meses, y luego en unos días, y después en muchos años… todo parecía posible. La radio seguía encendida en la misma emisora que transmitía cuando abandoné el coche. ¿Cómo medir aquel tiempo?

Con movimientos lentos, con torpe y denodado esfuerzo, intenté salir: una pierna, y luego, muy lento, puse la otra en el suelo y saqué la cabeza. Después me dejé caer para ponerme de rodillas hasta conseguir con denodados esfuerzos la postura erguida. Me volvía con la dificultad del enfermo y al mismo tiempo me recreaba, con nostalgia, en lo que sólo unos minutos antes estaba viviendo.

En el vestíbulo del despacho de billetes del ferry encontré unos sillones para descansar y reponerme. El re-

loj marcaba las 21.37 del doce de agosto. Lo que me había parecido varios meses sólo eran, si no había algún misterio más, ocho días. Me acerqué algo más hábil al teléfono. Mamá hablaba con la normalidad de cuando no pasa nada. Ella y vosotros, los dos, estabais en casa, claro que sí, y muy contentos. Ninguno había faltado, claro que no, salvo algunas pequeñas salidas para las compras, algún paseo... Todo iba muy bien, sí, claro que sí, y no había ocurrido nada digno de señalar. Sí, Julia había estado con ella todos los días. ¿A qué venía insistir tanto en eso? ¿Dónde quería que hubiera ido?... Y me preguntó por Londres.. ¡Ah! Por Londres muy bien. Sí, claro, muy bien, me iba muy bien, por supuesto. Y las clases de inglés también. No. No vivía muy lejos de la universidad, en el mismo campus, claro. ¡Cualquiera le explicaba a mamá en pocas palabras lo que había sucedido! ¿Una locura pasajera? Yo también había pensado en aquello: un arrebato cerebral, un sueño... pero los sueños no duran una semana.

Había dado un paso insospechado, sí, clarificador, pero un gran misterio, una gran duda se presentaba sin solución: ¿Cómo podrías estar en el pueblo de los Pirineos y en La Agrupación, al mismo tiempo? Si respetaba todo lo que la mi viaje fantástico me había enseñado, sólo cabía una explicación pacífica y supongo que lo estás imaginando, una respuesta, y oye bien lo que te voy a decir: Julia existe dos veces, sí, dos veces y en dos lugares a la vez. ¿Cómo podía explicarlo de otra manera? Aquella idea era tan nueva como insospechada. En

ningún momento se me había ocurrido preguntarme por la doble existencia y ahora, tan lejos de los sabios informadores nacía de nuevo a modo de pesadilla. En ese mundo del dolor al que acababa de reintegrarme sólo me quedaba seguir el curso de los acontecimientos y aceptar los planes impuestos por nuestros congéneres.

El día que volví al pueblo de los abuelos, que no era otro que el convenido según los supuestos planes del curso en Londres, te di, sin que lo advirtieras, el abrazo más fuerte de mi vida.

20

Vaya lío, papá… Ahora no sé si me has contado un cuento o la realidad.

— Yo tampoco estoy seguro.

— ¿Crees que puedo ser dos personas?

— Más de una vez has comentado que te ves hacer una cosa como si no la hubieras hecho tú, que parece como si otra persona estuviera dentro de ti, dominando tus deseos, obligándote a hacer lo que tú voluntad no te pedía.

— Sí, eso es verdad.

Cuando te lo oía decir me daban ganas de contarte esta historia, para que supieras la razón...

— ¿Y si un día mi otro yo viene aquí, como Nik y Mosa, a nuestros países...?

— No puede ser, Julia. Si vinieran, serías tú misma, o en ese momento tú misma te irías al otro mundo. En un mismo sistema no puede existir dos veces la misma persona.

— ¿Y si yo voy allí?

— No tienes que ir porque estás allí como te he dicho… pero solo tienes conciencia de estar aquí…

— Papá. Me estás asustando. Yo quiero verme en ese lugar.

— Si ya estás... Te he visto yo, que soy tu padre, tu progenitor y sé que existes dos veces... Y te diré algo más. Desde aquel verano misterioso he querido descubrir otras dobles personas, y comprobar que les sucedía lo mismo que a ti.

— ¿Y las encontraste?

— Me costó cierto esfuerzo. Primero hice una recopilación de los nombres. Además de Nik Kapalov y Mosa Iturvina, recordaba también los de la hindú Karna Sileva, y otros, como Silvano Pierotello, Ruth Mehierhans, Laina Aguirre y algunos otros, entre los que estaba una de tus amigas, Katia Seminova. Localizar a una persona entre seis mil millones de humanos no es tarea fácil. La primera pista está en el propio nombre.

— ¿Y cómo sabías de qué ciudad eran?

— No lo sabía, claro que no, pero hay nombres que suenan a italiano, y otros a alemán y otros a chino o a nada. Al verano siguiente busqué por lo más fácil, en Italia, ciudad por ciudad. En las guías de teléfono señalé a las personas que se llamaran Pierotello de apellido y Silvano de nombre.

— ¿Y la encontraste?

— Encontré bastantes y llamé. Y después de algunas indagaciones quise creer que sólo podrían ser tres: uno de Padua, Ingeniero de Caminos, otro de Livorno, arquitecto, y un campesino de un pueblo cercano a Nápoles.

— ¿Y era alguno de ellos?

Sí. Es uno de ellos. Permíteme que te diga que sí. Es el Silvano Pierotello de Padua. Ya lo sospechaba. Reco-

nocí su voz y luego lo vi en persona, en la puerta de su casa, vía Mozart, número 20. Nació el 6 de junio de 1947.

— ¡Eso es increíble, Papá!

— Sí. Y también localicé a Ruth Mehierhans un año después, en Inwil, un pueblecito a unos 25 kilómetros de Lucerna, en Suiza. A Ruth me costó más, porque no es fácil llamar por teléfono en alemán ni estaba dispuesto a aprenderlo para hacer las llamadas. La fortuna me acompañó. Sólo había una familia, en la Suiza alemana. Ruth es secretaria trilingüe de una conocida empresa de explotación de recursos petrolíficos, nacida el 28 de Mayo de 1955.

— Y toda esa gente… ¿También va a morir?

— Yo he pensado muchas veces que los progresos de la ciencia han de conducirnos irremisiblemente a poner luz a estas cuestiones, a hacer que todo sea comprensible para nuestro cerebro. Ahora creo que la ciencia sufre una grave carencia, una enfermedad incurable, la de los prejuicios que le impone la finitud humana.

— ¿La finitud?

— La muerte, Julia. El hombre es finito, la ciencia infinita… Y no podemos escaparnos de la infinitud de lo finito. En toda la evolución científica cuando creemos haber descubierto algo y lo tenemos en la mano, de repente se transforma en arena que se derrama entre los dedos y el misterio renace. En la medida que el hombre es finito, no puede atrapar lo infinito. Newton descubrió la fuerza de la gravedad. Dicen que lo hizo cuando

vio caer una manzana. Pero ahora nos debatimos y preguntamos qué es la gravedad, cómo funciona, por qué los cuerpos se atraen…

Y no creas que estamos cerca de conocerlo… en la medida en que el hombre es finito, no puede atrapar el infinito. Es imposible. Eso no impide que mucha gente, en su juventud, piense que algún día Dios sea demostrado por la ciencia. Siendo creyentes, lo infinito, lo divino, se entiende mejor con la espiritualidad que con la ciencia. Otras cuestiones como el origen del mundo son más metafísicas que científicas. Por eso queremos interpretar la realidad como si todo lo que existe fuera el resultado de un proyecto, de un objetivo planteado de antemano y que debe cumplirse exactamente a nuestra imagen y semejanza. Parece como si todo ocurriera con un determinado fin. Algo así como el perfecto programa que ha de desarrollarse según previsiones exactas.

Eso no impediría que si respetamos los modelos de la auto-organización de la materia, descubramos un día otras formas de vida totalmente distintas a las que conocemos, en otros planetas… no tan lejos como imaginamos… tal vez muy cerca, porque las distancias son también resultado de nuestras dimensiones… y el universo, tal vez, tiene tantas dimensiones que puede estar tan alejado como cercano.

EPÍLOGO

Entonces… todo esto es verdad...

— Y te voy a decir algo más. Todos los que componen la gran familia del mundo feliz nacieron entre el 21 de mayo y el 21 de junio, como tú.

— ¿De qué año?

— Qué más da el año. Todos son Géminis, ya sabes, el tercer signo del zodiaco, el de la doble personalidad.

— ¿De la doble personalidad?

— La constelación de Géminis está situada entre Cáncer y Tauro. Sus estrellas más brillantes son Cástor y Pólux. Los antiguos egipcios la veían como un par de carneros, y en la astrología árabe eran dos pavos reales. Hoy se representan por dos gemelos, dos personas aparentemente iguales, pero sólo atribuimos el signo a una. La estrella Cástor tiene una magnitud de 1,62 y está formada por tres binarias espectroscópicas. El sistema está situado a 45 años luz y cada una de ellas presenta un movimiento acoplado. Las seis estrellas se mueven en órbitas entrelazadas, una alrededor de la otra. Pólux es el miembro más brillante de la constela-

ción, y está situada a una distancia de 35 años luz, pero intrínsicamente es más oscura que el sistema Cástor. Todo esto se puede observar a simple vista, mirando al cielo, pero con un telescopio, como el que yo utilicé, pueden apreciarse algunos detalles. El conjunto Cástor, como ya estarás pensando, tiene una forma semejante a la señal de la puerta y a la de tu mejilla. Por eso los del mundo sin penas se dirigieron a mí cuando yo estaba a punto de descubrirlo.

— Entonces, ¿Cástor y Pólux existen?

— Las estrellas están ahí. Mira una noche el cielo y verás que están donde deben. Cuenta la mitología, y este ha sido el final de mis pesquisas, que Cástor y Pólux eran dioses que vivían y morían alternativamente. Cada uno de ellos pasaba seis meses en el Olimpo, que es algo así como el mundo de los dioses, y otros seis en la Tierra, que es la morada de los humanos, pero en los pasajes que los mencionan abundan las contradicciones. A veces sólo Pólux es divino, mientras que Cástor es un mortal dotado de una especie de semiinmortalidad obtenida gracias al amor de su hermano.

El escritor griego Luciano cuenta algo de gran interés, tal vez la clave de toda esta historia. Ya sabemos que viven alternativamente en el Cielo y en la Tierra. Cuando Pólux va hacia una, Cástor se dirige hacia la otra, y de esta forma nunca se encuentran juntos. El mismo Luciano refiere el diálogo que sobre estos caprichos de los gemelos tuvieron los dioses Apolo y Hermes:

— ¿Por qué, querido Hermes, - preguntó Apolo - no vemos nunca juntos a Cástor y Pólux?

— Porque se aman tanto que cuando el Destino decretó la muerte de uno y la inmortalidad del otro, decidieron repartirse la inmortalidad.

— Pues vaya decisión. No me parece nada acertada porque no pueden cumplir con su labor de dioses si están continuamente de cambios. Yo me encargo de predecir el futuro, Esculapio cura las enfermedades, tú eres un excelente mensajero... ¿Y ellos, de qué se ocupan...? ¿Pretenden acaso vivir ociosos?

— No, Apolo - respondió Hermes -, ellos están al servicio de Poseidón y su trabajo consiste en salvar las naves que, abatidas por la tempestad, se encuentren en peligro.

— ¿Una nave que se halle en peligro? ¡Ah!... No sabía eso. Ahora lo entiendo. Me alegra que tengan una misión tan necesaria, y a la vez tan digna.

— Papá, estoy muy asustada. ¿Una nave es una embarcación que va por el mar?

Y también por la tierra. Nosotros navegamos por esta vida, que es un inmenso mar. Pero no te asustes. Las personas de esta historia son hombres de bien, no cabe duda. No hay malas intenciones. Aleja tu miedo. Además, Julia, esto es un cuento y los cuentos no siempre son verdad.

— Esto sí es verdad... Estoy segura de que es verdad, Papá. Ahora no vas a querer demostrarlo...

No, Julia, tengo que decirte que esto no es verdad. Yo te he contado lo que pasó hace unos años porque tenías que saberlo y ahora conocemos los dos el secreto. Y he aprovechado, a la vez, para contarte un cuento porque tú me lo pediste y en eso habíamos quedado. ¿Recuerdas cómo empiezan los cuentos?... Yo también empecé diciendo «Érase una vez un país...».

FIN